

La visión gloriosa y el camino de la cruz

CONTENIDO

- 1.** La visión gloriosa y el camino de la cruz (1)
- 2.** La visión gloriosa y el camino de la cruz (2)
- 3.** La humanidad de quienes sirven al Señor (1)
- 4.** La humanidad de quienes sirven al Señor (2)
- 5.** El poder de la resurrección y el ser conformados a la cruz

PREFACIO

Este libro se compone de mensajes dados por el hermano Witness Lee en Taipéi, Taiwán, en marzo de 1989.

CAPITULO UNO
**LA VISION GLORIOSA
Y EL CAMINO DE LA CRUZ**

(1)

Lectura bíblica: Hch. 7:2-3; Is. 6:1-5; Jn. 12:38, 41; 2 P. 1:3, 16-18; Hch. 9:3-6; 26:19; Ap. 4:1-3; 21:10

SERVIR AL SEÑOR ES ALGO GRANDIOSO

Este mensaje abordará el tema de servir al Señor y ser Su testimonio. Esto es algo grandioso en el universo. Ya sea que lo consideremos desde el punto de vista de servir al Señor o de ser Su testimonio, este asunto no es nada insignificante; ambas son expresiones notables.

Decimos que servimos al Señor, pero ¿quién es este Señor? Esto no es algo insignificante. Si yo conociera en persona a un jefe de estado, estaría muy emocionado; pero esto se relaciona únicamente con el servicio al hombre. Debemos ver que el Señor ocupa una posición superior y que Su gloria es mayor a la de cualquier hombre. Nosotros servimos al Señor Cristo. Muchas veces hemos hablado de servir al Señor como si fuera algo común y no le hemos dado la debida importancia. Asimismo, dar testimonio del Señor tampoco es algo insignificante.

Nuestros pensamientos y conceptos tienen que ser liberados de la frivolidad y la degradación. Cada vez que hablemos de servir al Señor, debemos hacerlo con la debida seriedad. Siempre que hablemos de servir al Señor, debemos tener en mente que se trata de un asunto muy importante. Servimos al Dios que es Señor del cielo y de la tierra y que está por encima de todo. Permítanme darles un ejemplo. Supongamos que el presidente de su nación le ha concedido una cita. Es muy probable que la noche anterior a la cita usted no dormirá bien, y en la mañana su corazón latirá más rápido de lo normal; habrá nerviosismo y temor. Sin embargo, con frecuencia cuando hablamos de servir al Señor, no estamos emocionados. Tenemos que darnos cuenta de que servimos al Señor del cielo y de la tierra. Si uno profesa servir al Señor y no expresa ninguna emoción al respecto, esto prueba que se ha degradado. Debemos velar al respecto.

***PARA SERVIR AL SEÑOR
SE REQUIERE UNA VISION GLORIOSA***

Además de lo anterior, debemos recibir una visión gloriosa. Todo aquel que sirva al Señor necesita tener esta visión. Lo glorioso no es el hecho de ver; más bien, lo glorioso es el objeto que se ve, lo cual a su vez hace que la visión sea gloriosa. A esto nos referimos cuando hablamos de una visión gloriosa.

La palabra visión implica ver algo extraordinario, inusual, fuera de lo común y extraño. También alude a una escena, a un panorama especial, lo cual uno ve porque está ante ello. Por ejemplo, veo delante de mí a centenares de ustedes que están sentados, lo cual

es una escena hermosa. Si tuviera una cámara, tomaría una foto. Por consiguiente, una visión es un panorama especial. Debemos saber que servir a Dios no es nada ordinario, porque el Señor no es una persona ordinaria. Si servir al Señor y ser Su testimonio no despierta ninguna emoción en nosotros, esto muestra que no tenemos visión.

PARA SERVIR AL SEÑOR SE REQUIERE QUE EL SEÑOR NOS LLAME

En la Biblia vemos que todo siervo del Señor comienza su servicio al ser llamado. Esto es semejante a la carta de aceptación que uno recibe al asumir un nuevo empleo. Nuestro llamamiento es similar. No es la iglesia la que nos llama ni tampoco la obra evangelizadora, sino el propio Señor. Al ser llamados, recibimos la visión. El llamamiento del Señor equivale a la aparición del Dios de la gloria. El no se nos aparece sólo por aparecérsenos. El hecho de que Dios se nos aparezca, significa que El nos llama. Esto nos constituye en aquellos que han sido llamados.

El llamamiento de Abraham

En la Biblia vemos que Abraham fue la primera persona en ser llamada. Aunque Adán, Abel, Enós, Enoc y Noé vivieron antes que él, la Biblia no menciona cómo fueron llamadas estas cinco personas. Por ejemplo, en el caso de Abel, Génesis sólo narra que después de nacer, él experimentó a Dios según lo que sus padres le enseñaron.

Enós conoció a Dios y le sirvió, y la Biblia dice que a partir de entonces, los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová (Gn. 4:26); pero la Biblia no dice cómo fue llamado Enós. Lo mismo es cierto con Enoc y Noé. No es sino hasta el caso de Abraham que en el Antiguo Testamento se menciona algo nuevo al respecto, a saber, que Dios apareció a Abraham y lo llamó. En aquel entonces, Abraham se hallaba en Ur de los caldeos (11:31). El no estaba allí sirviendo o adorando a Dios, sino adorando ídolos. La tierra de Caldea era una tierra de idolatría, estaba llena de ídolos. Además, fue allí donde se erigió la torre de Babel. Aquel lugar estaba repleto de ídolos. En esas circunstancias, el Dios de la gloria apareció a Abraham. Abraham fue la primera persona que fue llamada en el Antiguo Testamento.

El llamamiento del apóstol Pablo

En el Nuevo Testamento vemos que el apóstol Pablo también fue llamado por el Señor. Anteriormente el nombre de Pablo era Saulo. Un día, mientras iba camino a Damasco, habiendo obtenido cartas de parte del sumo sacerdote para prender a los que invocaban el nombre del Señor, se le apareció la gloria del Señor (Hch. 9:2-3). La aparición del Señor es la gloria del Señor. Esta aparición capturó a Pablo, y él fue llamado. En el Antiguo Testamento, Abraham fue llamado mientras adoraba ídolos; y en el Nuevo Testamento, Pablo fue llamado mientras se dirigía a prender a quienes invocaban el nombre del Señor. Esto es realmente maravilloso.

Nuestro llamamiento

Según nuestra experiencia, una vez que el Señor se nos aparece, dejamos de ser los mismos. A partir de ese momento comienza nuestro llamamiento. Cuando la Biblia relata el llamamiento de Abraham, lo hace brevemente; sólo menciona que Abraham vivía en Mesopotamia y que el Dios de la gloria se le apareció. En lo que a Dios se refiere, esto constituye una aparición; mientras que en lo que a nosotros respecta, esto constituye una visión y una experiencia muy particular en la que vemos algo que no habíamos percibido antes. Antes habíamos visto montañas, ríos, aves, animales, flores y muchas otras cosas, pero esto es diferente. De repente se nos aparece una Persona maravillosa, lo cual constituye el llamamiento de Dios; en otras palabras, somos llamados. Si no aceptamos este llamamiento, estaremos rechazando la visión de Dios.

La Biblia nos muestra, sin embargo, que cuando Dios apareció al hombre, ninguno pudo rechazarlo. La visión es maravillosa sobremanera. Algunos de los ídolos que adoraba Abraham tenían cara de demonio; otros tenían cara de caballo o tenían forma de aves en un templo. Esto era lo que Abraham adoraba. La historia nos cuenta que en cada ladrillo del templo de Babel había grabada una imagen. Mientras Abraham adoraba ídolos, repentinamente una escena se le apareció ante sus ojos. Esta escena era completamente diferente a la de los ídolos; esta escena era Dios mismo. El Dios de la gloria se apareció con tal esplendor y majestad, que la visión cautivó a Abraham. Es así como Abraham fue llamado. Fue en el contexto de tal llamamiento, que Dios le dijo: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré” (Gn. 12:1). A partir de entonces comenzó el llamamiento de Abraham. En el Antiguo Testamento, él fue el primero en ser llamado. Además de él, hubo por lo menos dos personas más que recibieron el mismo llamamiento: Isaías y Ezequiel. Ambos, como resultado de haber sido llamados, llegaron a ser profetas.

AL LLAMARNOS, DIOS SE NOS REVELA PERSONALMENTE

¿Cómo nos llama Dios? El nos llama atrayéndonos a Sí mismo al revelárenos de una manera personal. En algunos lugares del mundo hay mercados nocturnos. Allí los comerciantes despliegan en manojos y en cajas sus bellos productos, a buen precio, ante los clientes. Esto deja una profunda impresión en la gente; muchos son atraídos por estos mercados nocturnos y hacen allí sus compras. Espero que algunos de ustedes vean a Dios en una manera similar y sean cautivados por una visión tan gloriosa.

Todavía recuerdo la experiencia que tuve cuando el Dios de la gloria se me apareció por primera vez. Ocurrió por la tarde del día en que fui salvo. Cuando salí del local de reunión, sentí que todo era diferente. Recuerdo que me detuve en el camino y oré a Dios de la siguiente manera: “¡Oh Dios! ya nada me interesa; sólo te quiero a Ti”. Así se me apareció el Dios de la gloria. Espero que, en principio, todos tengan la misma experiencia. No sean como los misioneros cristianos, para quienes servir al Señor es una profesión. Espero que sobre cada uno de los que sirven al Señor en Su recobro

destelle y resplandezca, por lo menos una vez, esta gloriosa visión. No se trata de una visión externa, sino de una visión interna, la cual es gloriosa y específica.

UNA VISION QUE AFECTE TODO NUESTRO SER

Después de ver esta gloriosa visión, todo nuestro ser cambiará: nuestros conceptos, nuestra actitud, nuestras conversaciones y nuestros pensamientos. Seremos completamente diferentes. Aunque seguimos comiendo, bebiendo, descansando y trabajando, nuestra persona habrá experimentado un cambio, lo cual responde a la visión que hemos tenido. Siempre que vemos una visión, esto provoca una reacción en nosotros. Por ejemplo, si uno va al zoológico y ve un tigre feroz, esto ciertamente provocará una reacción en uno. La visión que vemos nos afecta profundamente. Nuestros conceptos cambiarán, y nuestro andar y vivir dejará de ser común.

Aún recuerdo la condición en que me encontraba cuando fui llamado, inmediatamente después de ser salvo. Algunos comenzaron a percibir que yo era diferente; no sólo los que me conocían, sino también los miembros de mi propia familia sentían que yo había cambiado. Ellos pensaron que yo estaba deprimido o que no estaba durmiendo bien, y se fijaron que empecé a perder interés en las cosas. Aunque no a todos ustedes les sucedió lo mismo que a mí, sí creo que un gran número de hermanos y hermanas han tenido una experiencia similar. Otros han notado que somos diferentes. Tal vez este cambio no haya ocurrido el día en que fuimos salvos; pero quizás tres días después, o tres meses o incluso tres años más tarde, habrá un cambio total. Tarde o temprano, la aparición de Dios y nuestra visión espiritual nos harán diferentes de los demás. Las personas del mundo nunca podrán explicar esto; no lo pueden entender, porque nunca han visto algo semejante.

Además, sabemos que después de haber visto esta visión, nuestro estilo de vida cambia por completo. Por ejemplo, tal vez anteriormente amábamos mucho el mundo, pero ahora con gusto lo abandonamos. Perdemos el gusto por el dinero, perdemos el gusto por la moda y perdemos el gusto por las diversiones; todo se vuelve insípido. Pero además, lo maravilloso está en que por el lado positivo, comenzamos a saborear la palabra del Señor y nos sentimos atraídos a Dios. ¡Los que no entienden esto tal vez piensen que nos hemos vuelto locos, debido a que nuestra reacción es muy diferente y muy fuera de lo común! Pero nosotros sabemos que no estamos enfermos; lo que ha ocurrido es que todo nuestro ser ha experimentado un cambio interno. Y desde ese día, el mundo cambió de "color" para nosotros. Aquello fue un cambio genuino. Para nosotros el mundo perdió totalmente su sabor; y por el lado positivo, nuestra vida se llenó de sentido, gloria y propósito a causa del Señor. Esto comprueba que hemos visto la visión gloriosa.

Cuando el Dios de la gloria se nos revela, nuestras vidas cambian. Esto no se puede imitar ni negar. Quizás haya ocasiones en que nos sintamos indiferentes o débiles, o incluso nos hayamos desviado un poco o estemos desanimados. Aún así, no podremos

olvidar la visión. Incluso si regresamos al mundo o deseamos las cosas mundanas, no volveremos a sentir lo mismo que sentíamos antes; encontraremos que hemos perdido el gusto a todo ello. Al mismo tiempo, Dios preparará situaciones que nos harán volvernos a Él. El nos revelará Su gloria nuevamente y hará que nos volvamos a consagrar al Dios de la gloria.

LA VISION NOS RIGE EN LA PREDICACION DEL EVANGELIO

Esta mañana, espero que cada uno de los que participarán en la predicación del evangelio sea un hombre de visión. Nadie debe sentirse persuadido a participar en dicha predicación. La persuasión sólo durará unos tres días. Temo que después de tres días, ésta ya no le servirá de nada. Tiene que haber algo que nos motive interiormente, y ese algo es el Dios de la gloria, quien se nos revela y nos alumbra, y quien nos provee de una fuerza indescriptible para que sigamos sirviendo al Señor paso a paso.

Unos días después que regresé a Taiwán, recibí una llamada de uno de los equipos del evangelio. Los hermanos y las hermanas de este equipo estaban muy emocionados. Me dijeron que en tres semanas habían bautizado a ochenta y dos personas, y que el primer domingo asistieron a la reunión del partimiento del pan veintitrés creyentes nuevos. Esto es sin duda muy alentador; pero debemos entender que si no tenemos una visión que nos sirva de apoyo, todo ese entusiasmo se esfumará rápidamente. Es como el clima que hemos experimentado en estos días. En ocasiones viene un frente frío, y la temperatura baja y sube erráticamente. Pero si hemos visto la visión, aunque vengan frentes fríos o cálidos, no nos afectarán. Es necesario entender que predicamos el evangelio en las aldeas debido a que hemos recibido una visión interiormente. La visión gloriosa nos regirá y nos dará el denuedo necesario para seguir adelante.

LA VISION NOS CAPACITA PARA HABLAR POR DIOS

Actualmente estamos animando mucho a los hermanos y hermanas a que profeticen los domingos en las reuniones de distrito. Esto es hablar por Dios. Sin embargo, para hablar por Dios debemos tener un requisito básico, a saber, que primero debemos ver a Dios. Por ejemplo, les será muy difícil a ustedes describir mi apariencia física sin primero haberme visto. No creo que pudieran decir mucho de mí. Pero al estar sentados aquí esta mañana en esta reunión, ustedes pueden ver hasta el más mínimo de mis movimientos y tendrán mucho que decir acerca de mí. Por tanto, si queremos profetizar y hablar por el Señor, primero debemos tener comunión con El. Debemos verlo y conocerlo a El antes de poder proclamarlo.

Además, debemos estar muy conscientes de que nuestra labor evangelizadora no es una especie de trabajo, sino un éxtasis. Si no estamos en un éxtasis, nuestra predicación del evangelio no será eficaz. Pero si recibimos la visión, llevaremos a cabo la obra de una manera distinta. Cuando Isaías fue llamado por Dios para que hablara por El, no salió a dar predicciones; antes bien, él profirió palabras de reprensión.

La mayoría de los sesenta y seis capítulos del libro de Isaías, contienen lo que él habló de parte de Dios. Isaías pudo hablar porque Dios le concedió visión. Él vio al Dios de la gloria sentado en el trono y exclamó: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (6:5). Este es el mensaje de Isaías. En 1:9 él dijo: “Si Jehová de los ejércitos no nos hubiese dejado un resto pequeño, como Sodoma fuéramos, y semejantes a Gomorra”. Él realmente había visto la visión, y eso le capacitó para hablar por el Señor.

Espero que todos los que van a participar en la predicación del evangelio en las aldeas, tengan también esta visión interior; que cuando vean a las personas sientan la carga de hablarles, incluso de hablar incesantemente al grado de que parezcan “locos”. Cada profeta del Antiguo Testamento era un “loco”, y cada apóstol del Nuevo Testamento también era un “loco”. Y cada evangelista debe ser aun más “loco” todavía. He observado que los hermanos y hermanas que integran los cinco equipos del evangelio están un poco “locos”. Diría que el grado de la locura que ellos experimentan se debe a que han sido afectados por la visión.

Repasemos una vez más el relato del llamamiento de Pedro, de Jacobo y de Juan. El Señor los llamó mientras ellos se hallaban pescando (Mt. 4:18-22), pero ese llamamiento no les afectó mucho. Un día los tres fueron con el Señor Jesús a un monte, y allí, el Señor súbitamente se transfiguró: Su rostro resplandeció como el sol, y Sus vestidos se volvieron blancos como la luz (Mt. 17:2). Más adelante, Pedro narró en su epístola que, en el monte de la transfiguración, él fue testigo ocular de la majestad del Señor. Él no sólo vio la gloria del Señor, sino que contempló Su majestad. Comparada con la majestad, la gloria es más común. La majestad despierta asombro en las personas. Pedro dijo que pudo darnos a conocer las cosas que nos comunicó porque había sido testigo ocular de la majestad del Señor. Lo que él nos dio a conocer no fueron mitos hábilmente fraguados, sino aquello que había visto con sus propios ojos (2 P. 1:16).

Ahora entendemos por qué Pedro y Juan eran tan poderosos cuando predicaban el evangelio y laboraban para el Señor. La razón se debe a que ellos habían recibido una visión, y tal visión fue su llamamiento. La majestad que vieron llegó a ser el mensaje que predicaron. Por consiguiente, si hemos de entregarnos al mover de la predicación del evangelio, primero debemos recibir la visión gloriosa.

UNA VIDA DE SERVICIO A DIOS CONFORME A LA VISION

Cuando el apóstol Juan era ya viejo, fue exiliado a la isla de Patmos y allí recibió visión tras visión. Todo el libro de Apocalipsis, desde el primer capítulo hasta el último, consta de visiones, siendo la última de éstas la Nueva Jerusalén (Ap. 22). Por tanto, vemos que Juan presentó las visiones que él recibió. Él no narra cuentos, sino que

describía cada detalle de lo que había visto. De esto se compone el libro de Apocalipsis; es verdaderamente una revelación.

Espero que cuando vayan a las aldeas para predicar el evangelio, les comuniquen a las personas la visión que han visto; esto será una revelación para ellas. No serán meras enseñanzas vacías; por el contrario, ustedes les impartirán la visión que han recibido. Esta visión se convertirá en una revelación para ellas, y de esta manera también podrán ver lo que ustedes han visto. A esto me refiero cuando hablo de la visión gloriosa.

En 2 Pedro 1:3 dice que Dios “nos llamó por Su propia gloria y virtud”. En el Nuevo Testamento, toda persona que sea salva debe recibir el glorioso llamamiento de Dios. Todos hemos visto Su gloria, hemos sido atraídos por El y seguimos siendo influidos por El. No podemos seguir siendo lo que éramos antes, personas comunes y mundanas. Ahora somos un pueblo especial, porque el Señor nos ha llamado. No nos interesa ni el cielo ni la tierra, pues la gloria que hemos visto es lo que da sentido a nuestra vida. Tal gloria también se ha convertido en nuestra meta, nuestra comisión y nuestro encargo. No nos importan las circunstancias que nos rodean, ni lo que otros piensen de nosotros. En nuestro interior hay algo que no podemos negar ni desobedecer: la visión gloriosa. Tenemos que servir a Dios conforme a esta visión por el resto de nuestras vidas.

(Mensaje dado por el hermano Witness Lee en Taipéi, el 7 de marzo de 1989)

CAPITULO DOS
**LA VISION GLORIOSA
Y EL CAMINO DE LA CRUZ**

(2)

Lectura bíblica: Mt. 16:24-26; Lc. 9:57-62; Fil. 3:10; Ap. 1:9; Hch. 20:24; 2 Ti. 4:7-8; 1 Co. 9:27; He. 12:1-3

En el capítulo anterior abarcamos el tema de la visión gloriosa. Ahora, en este capítulo, hablaremos acerca del camino de la cruz. Donde hay una visión, hay también un camino; la visión gloriosa siempre nos conduce a un camino. Si tenemos la visión, debemos también andar conforme a ella, y este andar es el camino de la cruz.

LA CRUZ PRINCIPALMENTE SIGNIFICA: “YA NO... YO”

Para muchos, la cruz es un sinónimo de sufrimiento; pero en realidad, la cruz no tiene que ver principalmente con el sufrimiento. Durante el siglo quince, Tomás A. Kempis escribió el libro titulado *La imitación de Cristo*, el cual poco después fue traducido en China por los católicos al idioma chino. En dicho libro se discute detalladamente acerca de la cruz. Sin embargo, todo lo que dice está distorsionado en el sentido de que considera la cruz como cierta clase de sufrimiento. Incluso Madame Guyon fue muy influida por este libro.

Sabemos por el Nuevo Testamento que el significado principal de la cruz no es que suframos, sino que muramos. Cuando una persona es clavada en la cruz, no sólo experimenta sufrimiento, sino también muerte. La persona misma es eliminada. El Nuevo Testamento nos muestra que el Señor Jesús fue el primero en ser crucificado. Cuando los hombres le crucificaron, El no sólo sufrió, sino que falleció. El himno #294 (*Himnos, LSM*) dice:

¿Habrá dolor si hoy
tomáramos la cruz?
No sólo habrá dolor, más
bien nos matará;
Si la experimentamos hemos
de morir,
Ella está puesta para el ego
aniquilar.

Una vez que hayamos visto la visión, ésta ciertamente nos guiará al camino de la cruz. El énfasis de tal camino no es el sufrimiento, sino “ya no... yo”. El camino de la cruz es el camino en el que nosotros dejamos de vivir. Todos los que transitan por este camino se niegan a sí mismos. Lo único que permanece es Cristo, sólo permanece Dios.

NEGARSE A SI MISMO EQUIVALE A PERMITIR QUE EL SEÑOR SEA LA PERSONA

Muchos de ustedes son casados. El matrimonio une las vidas de dos personas. Antes de casarse, uno puede proponerse todo lo que quiera; pero después de casarse, ya no resulta tan fácil hacerlo. La vida matrimonial nos exige llevar la cruz. El esposo debe morir, y la esposa también debe morir. Ya que esto es así, ¿quién vivirá entonces? Cristo vivirá y Dios vivirá. En todo el mundo es muy difícil encontrar a una pareja que realmente viva en unidad. Un hecho maravilloso acerca de quienes creemos en el Señor es que, a partir del momento en que le recibimos como nuestra vida, llegamos a tener otra persona en nuestro ser. O sea, nosotros somos una persona, y el Señor es la otra. ¿Quién manda entonces? Quiero que quede grabado en ustedes que la cruz significa que nosotros somos puestos a un lado. Mediante la cruz, nuestro ser y nuestra vida están siendo puestos a un lado.

En el Nuevo Testamento se alude con frecuencia al yo y al alma. Si comparamos Lucas 9 con Mateo 16, podemos ver que el yo y el alma se refieren a lo mismo. En Mateo se menciona el alma (16:26), mientras que en Lucas se alude al yo (9:25). Por consiguiente, el alma es el yo, y el yo es el alma. Tenemos un himno que habla acerca de negarnos al yo y también tenemos otro acerca de negar el alma. Hace más de veinte años, un hermano manifestó sus objeciones a uno de los himnos que yo había escrito. Dijo que era incorrecto hablar de negar el alma. Según este hermano, el alma es la persona; por tanto, una vez que se niega el alma, ya no queda más de nosotros, es decir, dejamos de vivir. El no sabía que, conforme a la Biblia, negar el alma no consiste en negar las funciones del alma —a saber, la mente, la parte emotiva y la voluntad—, sino en negar la persona del alma y la vida del yo. Esto no significa que usted deja de usar sus facultades, sino que ya no es más usted quien vive.

Este asunto es misterioso. Por un lado, el Nuevo Testamento nos manda negar nuestra alma y nuestra persona, y por otro, todavía debemos seguir obrando. No obstante, nuestra manera de obrar ya no es la misma de antes. Anteriormente, al obrar, usted era el amo, o sea, la persona que obraba era usted mismo. Pero ahora, dicha persona se encuentra colgada en la cruz; así que, la persona ya no es usted, sino el Señor. “Con Cristo estoy juntamente crucificado” (Gá. 2:20). Ser crucificado significa que he llegado a mi fin. Ahora ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí. Si bien niego la persona y la vida de mi alma, aún permanecen las facultades de mi alma. Todavía tengo una mente, una parte emotiva y una voluntad. Lo que ha cambiado es el amo que controla dichas facultades; ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.

ES NECESARIO QUE LOS MIEMBROS COORDINEN ENTRE SI

Hoy en día, ustedes los jóvenes se han entregado al Señor a fin de predicar el evangelio en las distintas aldeas. ¿Creen ustedes que pueden hacerlo por sí mismos? Indudablemente que no, no pueden hacerlo solos. No digan que sí pueden porque

tienen al Señor. Tener al Señor no es suficiente; ustedes necesitan tener compañeros. Deben coordinar con otros miembros del Cuerpo. Por un lado, ustedes son hermanos y hermanas; por otro, son miembros los unos de los otros.

Los miembros no pueden estar dislocados, sino que deben estar unidos. La unión entre los miembros tiene como fin la coordinación. Al servir al Señor, no podemos hacer nada separados del Señor ni tampoco podemos hacer nada separados de los miembros. Es preciso darnos cuenta de que al separarnos de los demás miembros, quedamos separados del Cuerpo. Por ejemplo, si mi mano se separara de mi brazo, no sólo quedaría separada del brazo sino también de todo el cuerpo. Con tan sólo separarse de un miembro, usted queda separado de todo el cuerpo. Por tanto, la manera en que ustedes laboren para el Señor deberá ser distinta de la manera en que labora la gente del mundo. Ellos pueden obrar de manera individualista, pero nosotros no podemos servir al Señor así. Esto se debe a que nuestro servicio al Señor es el mover de todo el Cuerpo. Todos somos miembros del Cuerpo y debemos coordinar los unos con los otros.

***EL SECRETO DE LA COORDINACION
ES PERMANECER EN LA CRUZ
Y NO TENER OPINIONES***

¿Cuál es el secreto de la coordinación? La coordinación debe manifestar el hecho: “ya no... yo”. Ya no debe vivir ni usted ni yo. Siempre que usted o yo estemos presentes, no habrá coordinación. El día en que fueron enviados los equipos del evangelio, los llamé por teléfono desde el extranjero. A partir de entonces, pese a que no he estado allí con ellos, me han llegado noticias. ¡Cuánto alabo y agradezco al Señor! Hubo muchas noticias buenas; pero también hubo otras noticias que no fueron tan buenas. Los miembros de los equipos descubrieron que no es nada fácil coordinar juntos, pues cada quien tiene sus opiniones. Quizás usted argumente que no es posible vivir sin opiniones. Pero lo extraño es que la Biblia nos exige que no tengamos opiniones.

En Filipenses 2:2 Pablo dice: “Completad mi gozo, tened todos el mismo pensamiento, con el mismo amor, unidos en el alma, teniendo este único pensamiento”. En otras palabras, para que el gozo de Pablo fuese completado, los filipenses debían no tener opiniones. Sin embargo, no es fácil estar libres de opiniones. Esta mañana les diré un secreto: la mejor manera es permanecer en la cruz. La mejor manera para que dos personas sirvan juntas sin tener discusiones, opiniones o disgustos, es que ambas sean crucificadas. Agradezco al Señor que ¡en la cruz El ya nos crucificó!

Permítanme compartirles mi experiencia. Durante las últimas décadas que llevo sirviendo en la obra del Señor, he observado que tanto Su obra como Su iglesia siempre han sido socavadas por un topo: la ambición. La ambición es el deseo de ser alguien, de ocupar una posición alta y de obtener una buena reputación. Es el deseo de que los demás hablen bien de mí, de que me consideren una persona importante y de que yo pueda ejercer el liderazgo dondequiera que vaya. Aun desde joven, al hombre le

gusta competir; aspira por ser alguien y por ser el primero. A menudo, el que es “número dos” siente envidia del que es “número uno”. Aunque es posible que el “número dos” tenga menos edad, con todo, desea ser alguien y siempre aspira a ser la cabeza. He observado esto por más de sesenta años; lo vi una y otra vez cuando estuve en China. Y ahora, desde que estoy en el extranjero, no sólo he podido observarlo nuevamente, sino que yo mismo me he visto en medio de ello y he sido el blanco de ataques. He estudiado los dardos que me fueron lanzados y, en términos sencillos, todos estaban relacionados con el deseo que algunos tenían de ser alguien, de ejercer el liderazgo y de ocupar una posición distinguida. Por supuesto, los que son ambiciosos nunca se expresarían en estos términos; en vez de ello, usan expresiones y palabras agradables para encubrirse. Hablando estrictamente, no estaban tratando de atacarme; lo que ellos buscaban era ser alguien.

¿Qué es la opinión? Hablando con franqueza, la opinión es simplemente el deseo de ser alguien. Antes que el Señor fuera a la cruz, El dirigía a un grupo de discípulos, entre los cuales sobresalían Pedro, Juan, Jacobo y Andrés. Ellos siguieron al Señor día tras día por tres años y medio. Si el Señor Jesús iba a Galilea, ellos también iban a Galilea. Si el Señor Jesús se montaba en una barca, ellos también se montaban en la barca. Adondequiera que el Señor Jesús iba, ellos iban con El. Si usted lee los cuatro evangelios, descubrirá que ellos ciertamente tenían opiniones. Por ejemplo, una vez, mientras iban con el Señor a Jerusalén, en el camino El les dijo claramente que iba a Jerusalén y que allí los escribas y los fariseos lo crucificarían, pero que al cabo de tres días resucitaría. El Señor repitió esto en tres ocasiones, pero los discípulos no le entendieron en absoluto. Inmediatamente después que Señor Jesús terminó de hablar, ellos comenzaron a discutir acerca de que quién debía ser el primero. Hoy día, en la obra que el Señor lleva a cabo en la iglesia y entre los equipos del evangelio, debemos recordar que siempre nos esperarán problemas.

Cuando yo era joven, siempre que se casaban un hermano y una hermana, ellos esperaban que yo dijera algo en su boda. Al principio siempre compartía algo agradable, pero después que cumplí los cuarenta años de edad, no volví a decir cosas agradables. No obstante, pese a que mis palabras ya no eran agradables, sí eran la verdad. Hasta el día de hoy, no creo que sea posible que una pareja tenga una dulce luna de miel por más de treinta días sin discutir. Hace poco, escuché por boca de un hermano que él y su esposa discutieron al tercer día de su luna de miel. A menudo cuando una pareja discute, la verdadera contienda gira en torno a quién tiene más poder, si el hombre o la mujer. ¿Quién tiene la última palabra: él o ella? ¿Quién de los dos deberá tomar la decisión? Por ejemplo, yo vivo con la hermana Lee. A mí me gustan los panecillos chinos, pero ella prefiere darme arroz. Cada vez que ella me servía arroz, yo fruncía las cejas. Sin embargo, no tenía más opción que comérmelo. Tal vez me pregunten qué más puedo hacer. No puedo hacer nada. La única opción es la cruz. La cruz es el camino.

**SIN ENTRAR EN CONSIDERACIONES
Y OCUPARNOS SOLO EN LABORAR**

Por ejemplo, tal vez haya dos tareas que requieran atención en la obra del Señor. Quizás a una de ellas se le estime como una tarea mayor y a la otra como una tarea menor. ¿Escogerá usted la tarea que se estime como importante o la que se estime como insignificante? Todos debemos aprender a no juzgar si una tarea es grande o pequeña; solamente debemos preocuparnos por llevarla a cabo. Si ustedes consideran interiormente: “¿Es esta tarea grande o pequeña? Si escojo la tarea grande, la gente va a pensar que no estoy llevando la cruz. ¡Así que, debo tomar la pequeña!” Si piensan de esta manera, no estarán llevando la cruz, sino más bien jugando a la política. Por supuesto, no es bueno que escojan la tarea grande de este modo. Pero si escogen la tarea pequeña por motivo propio, el resultado será igual de malo. No es bueno abrigar esta clase de consideraciones. No le dediquen tiempo a estas consideraciones.

Algunos han venido a decirme: “Hermano Lee, el hermano fulano ahora labora con nosotros. Pero a él sólo le gusta decirle a los demás lo que tienen que hacer”. Déjenme decirles que ese hermano —a quien le gusta decir a los demás lo que deben hacer— ha violado el principio de la cruz. Si él estuviera en la cruz, no les diría a los demás lo que tienen que hacer. Sin embargo, el hermano que se queja tampoco está en la cruz. Cuando todos están en la cruz, no hay necesidad de decirle a nadie lo que debe hacer; simplemente cada quien se ocupa de su labor. Si yo no entiendo algo, usted me dirá cómo hacerlo; y si usted no entiende algo, yo le diré cómo hacerlo. Si su intención es decirle a otros lo que deben hacer, usted no está en la cruz; por otro lado, si yo me quejo de que usted me está diciendo lo que debo hacer, tampoco estoy en la cruz. Si estamos en la cruz, puede ser que usted me diga lo que debo hacer y que yo lo escuche, sin que ninguno de los dos tenga el sentir de que está llevando la cruz. No existirá tal cosa como decir o no decir a otros lo que deben hacer, ni tampoco habrá tal cosa como escuchar o no escuchar lo que otros nos digan. Cada quien se ocupará solamente en laborar.

Por la misericordia del Señor, desde que comencé a participar en la obra del Señor en 1935, sólo me he ocupado en laborar. Espontáneamente, yo estaba en la cruz. Esto no quiere decir que no hubo problemas; sólo significa que, espontáneamente, hubo menos problemas. Esto se aplica de igual manera en la iglesia, en la obra y en nuestro andar espiritual. ¿Cómo pueden solucionarse los problemas? Se resuelven mediante la cruz. En la familia, el esposo debe morir, y la esposa también debe morir. Si no hay muerte, no habrá vida. Si después de casarnos no experimentamos la muerte, surgirán discusiones todos los días y no habrá vida matrimonial. Hoy, al seguir al Señor y al laborar para Él, el secreto radica en estar en la cruz y permanecer allí.

***SIN TENER PREFERENCIAS,
SINO SOLAMENTE OBEDECER***

Que el Señor me cubra con Su sangre. El puede ser mi testigo. Mientras yo estuve en la China continental, jamás intenté iniciar una obra en ningún lugar. Para mí, todos los lugares eran iguales. Yo sólo recibía órdenes. Dondequiera que se presentara alguna necesidad, allí era enviado; aun más, dondequiera que hubiera un lugar difícil para laborar, sin duda me encargaban que fuera allí. Yo no tuve preferencia alguna. Después que la China continental cayó en manos de los comunistas, la obra me asignó ir a Taiwán. Yo hablaba el dialecto del norte, pero en la isla de Taiwán se hablaba un dialecto del sur. Debido a esto, me asignaron a un hermano que conocía el dialecto del sur para que me ayudara. El llegó tres o cuatro meses después que yo había llegado. Después de examinar el lugar, se fue diciendo que no se mudaría a Taiwán porque éste estaba subdesarrollado; había calles empedradas, y la gente traqueteaba por todas partes en suecos de madera.

Pido a los hermanos y hermanas de Taiwán que me excusen por lo que voy a decir. Cuando vinimos a Taiwán hace más de cuarenta años, Taipéi sólo tenía unas pocas calles pavimentadas con asfalto. La mayoría de las calles eran empedradas. Todo se veía muy subdesarrollado. Aunque yo estaba dispuesto a tomar la cruz, a veces, estando acostado en casa, me quedaba mirando el techo y me preguntaba por qué había venido aquí y qué se podía hacer. Doy gracias al Señor y lo alabo, pues ahora me siento muy contento. Para mí, hoy Taiwán es el mejor sitio que existe en toda la tierra para laborar.

Lo que quiero comunicarles es que en la obra del Señor ustedes deben aprender a poner su “yo” a un lado. En otras palabras, deben estar libres del “yo”. Deben ocuparse únicamente en laborar, ministran, orar y tocar al Señor. No deben tener ninguna otra consideración en mente. No deben limpiar los baños con la intención de obtener cierta reputación y ser conocidos como la persona que siempre limpia los baños. A los ojos de los demás, esto puede parecer espiritual, pero a la larga esta clase de “espiritualidad” es vanidad. Cuando vengan, deben hacer todo lo que se necesite hacer. Cuando los baños necesiten limpieza, ustedes deben limpiarlos. Cuando haya necesidad de poner en orden el podio, ustedes deben hacerlo. No deben tener preferencias ni inclinarse hacia nada en particular. Tampoco deben esforzarse por hablar, ni por no hablar. Si hay necesidad de hablar, ustedes deben hablar; y si no hay necesidad de hablar, no deben hablar. Este es el camino de la cruz. Si el Señor les provee abundantemente, simplemente disfruten la provisión del Señor y acuérdense de los necesitados; y si el Señor les provee menos, aun al punto de experimentar pobreza, no murmuren. En toda la tierra, ningún siervo del Señor jamás ha muerto de hambre. Ninguna situación debe perturbarlos, ni deben dar ningún lugar al yo. Este es el camino de la cruz.

***SIN TENER NINGUNA AMBICION NI ENTRAR EN CONSIDERACIONES,
SINO SOLO EXPERIMENTAR
LA CRUZ Y LA RESURRECCION***

Entre los chinos existe el siguiente dicho: “La fuerza de un caballo se prueba con la duración del viaje, mientras que el corazón de un hombre se prueba con el paso del tiempo”. He estado colaborando con algunos hermanos por cuarenta o cincuenta años, y con otros he laborado por veinte o treinta años. Recientemente, han sucedido cosas que me han entristecido. Entre nosotros se ha hablado mucho acerca de la cruz y también se ha hablado mucho acerca de la resurrección. Pero cuando se presentan las situaciones prácticas, no se ha visto mucho la cruz en algunos de estos hermanos, ni tampoco ha habido mucha evidencia de la resurrección. Espero que en la generación presente otros puedan ver más la cruz y la resurrección, tanto en nuestro andar como en nuestra obra, y también en nuestra vida matrimonial. Permítanme repetirles que el camino de la cruz es el camino de poner el “yo” a un lado. De esta manera, no habrá ambición en la obra. Entre nosotros no hay títulos, posiciones ni reputaciones. No hay nada que ganar ni nada que codiciar. Aun así, debo decirles que en la obra todavía hay algunos que retienen el yo. En la obra, no deberíamos darle importancia a si otros nos tratan bien o mal; no deberíamos entrar en tales consideraciones. Mi único interés consiste en andar conforme al Espíritu. Para con los demás, yo debo ser humilde, amable y amoroso; y para con la obra, sólo sé estar ocupado y laborar. Si otros llevan la delantera, yo llevo a cabo cualquier cosa que ellos dispongan. No tengo ninguna preferencia, inclinación ni consideración. Este es el camino de la cruz.

No vale la pena hablar de lo difíciles que son nuestras circunstancias externas. Si han de venir sufrimientos, que vengan. No entren en consideraciones. ¿Qué significan las consideraciones? Significa que hay ambición. También significa que queremos estar por encima de los demás; que queremos tener lo mejor. Entrar en consideraciones equivale a tener en alta estima nuestro yo; yo debo ser el número uno, el número dos, el tres e incluso también el último. Todo se centra en mí mismo. ¿Qué significa tomar el camino de la cruz? Significa que yo dejo de ser el número uno, y que tampoco soy el segundo ni el tercero; ni siquiera soy el último. Significa que hemos llegado a ser nada. Esto es morir. Cuando ya no haya nada de nosotros mismos, entonces todo irá bien. No habrá problemas cuando nos toque sufrir. No habrá problemas si otros hermanos o hermanas nos tratan mal o nos mal interpretan. A usted no le importará ni entrará en consideraciones al respecto. Esto es lo que significa tomar el camino de la cruz. Si aprenden bien esta lección y prosiguen en el camino de la cruz, su labor será eficaz y estará llena de bendición. Eso es todo lo que tengo que decirles esta mañana. Lo que he dicho puede resumirse en una sola frase: ya no... yo. Cuando vayan a las aldeas a predicar el evangelio, dondequiera que estén, permitan que Cristo lo sea todo y que no haya más de ustedes. Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.

(Mensaje dado por el hermano Witness Lee en Taipéi, el 7 de marzo de 1989)

CAPITULO TRES
**LA HUMANIDAD DE QUIENES
SIRVEN AL SEÑOR**

(1)

Lectura bíblica: Gn. 1:26; Gá. 2:20; Mt. 5:44; Lc. 23:34

BOSQUEJO

- I. Ser como Dios: por medio de la divinidad.
- II. Ser como el hombre: por medio de la humanidad.
- III. Poseer las virtudes más elevadas:
 - A. Amor extraordinario.
 - B. Comprensión ilimitada.
 - C. Fidelidad incomparable.
 - D. Humildad absoluta.
 - E. Suma pureza.
 - F. Santidad y justicia supremas.
 - G. Resplandor y rectitud.

***LA HISTORIA DE COMO EL SEÑOR
NOS HA VENIDO GUIANDO***

Ahora que estuve preparando mi viaje de regreso a Taiwán, hubo en mí un sentir muy profundo e intenso. A raíz de mi experiencia durante los últimos sesenta años en el recobro del Señor, he llegado finalmente a cuestionarme acerca de la humanidad de los cristianos.

Desde el día en que fui salvo, no volví a tener ninguna amistad mundana; ni siquiera veo con frecuencia a mis propios parientes. Durante los últimos sesenta años, sólo me he relacionado con una clase de personas: los cristianos. Aun más, la mayoría de los cristianos que he frecuentado han sido cristianos que aman al Señor. Sin embargo, lo que he visto y experimentado en esos sesenta años de relacionarme con ellos ha hecho que me cuestione acerca de la humanidad de los cristianos.

Yo fui salvo en 1922 en una ciudad pequeña del norte de China. Fue allí también que el Señor me llamó para poner en práctica la vida de iglesia. En aquella época, comencé a aprender a hablar por el Señor. Después, el Señor, paso a paso, me guió a trasladarme a Shanghai y llegué a conocer a personas de diversas nacionalidades. Todas estas experiencias me hicieron abrir cada vez más los ojos.

En 1949 me trasladé a Taiwán. En 1956 viaje por las Filipinas y otras regiones del sudeste asiático. En 1960 fui hacia el occidente y viajé por Estados Unidos y Canadá.

Finalmente, elegí lo último de la tierra —la ciudad de Los Ángeles— como la base de mi labor. En años subsiguientes, visité Pittsburgh, Detroit, Nueva York, Londres, Dinamarca, el Líbano, Irak, Irán, India, Tailandia, Japón, Guam, Hong Kong, Hawái y muchas otras regiones y países. Hoy existen más de mil iglesias con aproximadamente ciento cincuenta mil santos en todo el mundo. Estas iglesias están compuestas por toda clase de personas. Así pues, he conocido todo tipo de gente y enfrentado toda clase de situaciones.

Debido a esto, por la misericordia del Señor y basándome en la historia de cómo El nos ha guiado en el pasado, me siento en la capacidad de compartirles acerca de la humanidad de quienes sirven al Señor. Todas las personas que frecuento son cristianos. Aun más, muchos de ellos son cristianos que buscan al Señor, lo aman y han abandonado el mundo. Sin embargo, la humanidad de muchos de ellos es inapropiada. Es evidente que hay cierto problema, lo cual me inquieta mucho. Todo esto me llevó a considerar dos grandes verdades: la regeneración y la transformación.

Si bien hay muchos grupos cristianos, no sé de ninguno que haga tanto énfasis en la regeneración y la transformación, como nosotros lo hacemos. Cuando en 1962 el Señor me guió a iniciar mi labor en Estados Unidos, centramos primero nuestra atención en dos temas: la oración y el espíritu humano. Fue así que comenzamos. Más adelante, presentamos muchas verdades acerca de la transformación y también publicamos varios libros. Todo esto sucedió hace veinte años. Sin embargo, debido a lo que he podido observar y al contacto que he tenido con la gente, un interrogante ha surgido en mi ser. ¿Cómo es posible que personas que han sido regeneradas y transformadas todavía tengan problemas en lo que respecta a su humanidad? ¿Cómo es posible que algo así ocurra en el recobro del Señor?

LAS ETAPAS DE LA LABOR DE PUBLICACION EN EL RECOBRO DEL SEÑOR

Hasta el presente, la labor de publicar escritos en el recobro del Señor se puede dividir en dos etapas. La primera etapa de dicha obra estuvo bajo la dirección del hermano Nee, desde 1922 hasta 1952. La segunda etapa se inició en 1952 con la publicación de la revista *The Ministry of the Word* [El ministerio de la palabra] y continúa hasta nuestros días. En esta segunda etapa, empezaron a publicarse con mayor frecuencia mis escritos. Antes de 1952, toda la labor de publicación era realizada por el hermano Nee.

En 1928 el hermano Nee discontinuó la publicación de su primera revista: *The Christian* [El cristiano] y, alrededor de 1934, reanudó la publicación de la misma; fue entonces que se me confió la labor de editor. Además, el hermano Nee asumió la responsabilidad editorial de otra revista de carácter más profundo, titulada *The Presenta Testimonio* [El testimonio actual]. Los primeros años que estuve editando *The Christian*, laboré exclusivamente con los mensajes que el hermano Nee había dado. Una vez que terminé de editar la mayoría de ellos, también publiqué algunos de mis mensajes en cuanto al reino.

Debemos tener en claro de que entre nosotros, la labor de publicar escritos era absolutamente un ministerio personal del hermano Nee. Ni siquiera podía considerarse como una labor de nosotros como colaboradores. En aquella época, sólo participé en el servicio como editor de la revista *The Christian*. El campo de nuestra labor no era muy amplio. Aparte de mí había otro hermano, el hermano Yu, quien tenía alguna participación en esto. Este hermano prestaba mucha atención al tema de la vida interior, promocionaba los escritos de los místicos y realizó algunas traducciones. Pero, en general, el *Góspel Bookroom* [Librería evangélica] publicaba sólo los escritos del ministerio del hermano Nee.

Alrededor de 1948 hubo un gran avivamiento entre nosotros. El ministerio del hermano Nee fue recobrado. El tomó nuevas medidas con respecto a la labor de publicación del *Gospel Bookroom* y simultáneamente se publicaron cuatro nuevas revistas. La de carácter más profundo era *The Present Testimony*, de la cual se hizo cargo el hermano Nee personalmente. La otra revista era más sencilla y se titulaba *The Way* [El camino], muy parecida a *The Christian*, de cuya publicación el hermano Nee me pidió que me encargara. Además de estas dos publicaciones, se imprimió una revista para la difusión del evangelio y otra titulada *The Ministers* [Los ministros], equivalente a la que antes se llamó *The News of the Churches* [Las noticias de las iglesias]. Yo también fui uno de los editores de esta revista. Para entonces, el campo de nuestra labor de publicación se había expandido un poco; sin embargo, en menos de un año, los comunistas tomaron el poder en China y dicha labor se interrumpió. Fue entonces que salí de China y me establecí en Taiwán.

Por tanto, 1952 constituyó una línea divisoria. En los primeros treinta años, se publicaron principalmente los escritos del hermano Nee. Desde 1952, yo continué en este ministerio con la publicación de *The Ministry of the Word*. En 1963, cuando me trasladé a Estados Unidos, publiqué en este país la revista *The Stream* [El manantial] y fundé el *Living Stream Ministry*. En 1974 comencé a publicar los mensajes que componen los estudios-vida; tanto los mensajes como el número de ejemplares publicados fueron numerosos. Esta es pues, una breve reseña histórica de nuestra labor de publicación.

NUESTRAS DIFICULTADES PROVIENEN PRINCIPALMENTE DE LOS CRISTIANOS

Quise hacer un repaso histórico para mostrarles que durante todos estos años me he relacionado mayormente con colaboradores y ancianos; y lo que me turba y me causa dificultades, es la humanidad de algunos de ellos. En años anteriores, y especialmente durante los primeros treinta años, vi cómo esto le causó problemas al hermano Nee.

La primera iglesia del recobro del Señor se estableció en 1922, en Fuchow, pueblo natal del hermano Nee. De hecho, esto marcó el comienzo del recobro del Señor. Durante los siguientes veinte años o más, el hermano Nee experimentó muchos sufrimientos. Hubo situaciones difíciles, críticas, enjuiciamientos y ataques; venían uno tras otro como

oleadas. El pequeño grupo de colaboradores que éramos cercanos al hermano Nee siempre tuvimos la impresión de que él parecía no tener ni un solo día de paz. Las tormentas venían una tras otra. La mayoría de las dificultades fueron causadas por los cristianos, y no pocas de ellas provinieron de los colaboradores y los ancianos.

A partir de 1950 comencé a laborar en el extranjero. Al comienzo estuve en Taiwán. Después salí de Taiwán y viajé por el este y sudeste asiático para finalmente llegar al occidente. Durante los últimos treinta años, yo también he enfrentado muchas dificultades, la mayoría de las cuales fueron ocasionadas por cristianos.

En aquella época, el hermano Nee no era bien recibido por el cristianismo en China. Esto se debió a que la luz que él recibió, el camino que él tomó y el terreno sobre el cual se mantuvo firme, no eran del agrado del cristianismo. Por tanto, algunas de las dificultades que surgieron en China provinieron del cristianismo. En realidad, esta oposición no nos importa tanto. Lo que más nos preocupa es la oposición que se ha levantado entre los mismos ancianos y colaboradores en el recobro del Señor durante los últimos sesenta años.

En cierta ocasión, hace ya cincuenta años, el hermano Nee se me acercó y me dijo: “Hermano Witness, ¡mire cómo hasta los cristianos mienten!”. En aquel tiempo también me quedé muy sorprendido, y era difícil creerlo. Esa fue la primera señal de alarma que recibí. Además, el creyente al cual el hermano Nee se refería no era un cristiano común, sino alguien que buscaba mucho al Señor y le seguía; no obstante, esta persona mentía. Desde entonces, me he encontrado con dificultades, una tras otra, las cuales han causado una gran turbación en mi ser.

EL ESTUDIO DE LA NATURALEZA HUMANA

Durante los últimos sesenta años he venido observando la humanidad de los cristianos. La humanidad, es decir, la naturaleza humana, a la que me refiero no es la de una persona común y corriente, sino la de un siervo del Señor. Me refiero a la humanidad de aquellos entre nosotros que buscan fervorosamente al Señor, que han renunciado al mundo y que aman intensamente al Señor.

La naturaleza humana constituye un tema muy amplio y profundo. Hasta donde yo sé, el Nuevo Testamento es el libro que habla más acerca de ello. Y en el Nuevo Testamento, la persona que más toca el tema es Pablo. En las epístolas de Pablo, encontramos muchos pasajes que hablan acerca de la naturaleza humana.

Aparte de esto, en diversos países del mundo encontramos filosofías que estudian la naturaleza del hombre. Los confucionistas chinos son estimados como aquellos que han realizado los mejores y más profundos estudios sobre la naturaleza humana. La enseñanza confuciana es muy elevada porque gira en torno a la ética. Podríamos considerar que la ética constituye el estudio principal de la naturaleza humana. La ética estudia las relaciones humanas, tales como las existentes entre padres e hijos,

hermanos, hermanas y amigos. El confucianismo chino coincide mucho con la Biblia en lo que respecta a la ética. La única diferencia es que cuando la Biblia habla de la ética, lo hace en relación con la vida divina; mientras que la ética de la que hablan los confucionistas no tiene nada que ver con Dios, sino con el desarrollo de la naturaleza humana. No hay nada de divinidad en ella. Por tanto, la diferencia entre ambos es enorme.

***EL HOMBRE FUE CREADO
EN CONFORMIDAD CON LO QUE DIOS ES:
LUZ, AMOR, SANTIDAD Y JUSTICIA***

El hombre fue creado por Dios. Más aún, el hombre fue creado a imagen de Dios (Gn. 1:26), es decir, en conformidad con lo que Dios es. Según la Biblia, los Diez Mandamientos son una descripción de Dios. Toda ley constituye una descripción de quien la formula. Los Diez Mandamientos son leyes promulgadas por Dios mismo y pueden resumirse en cuatro palabras: luz, amor, santidad y justicia. Estas constituyen la esencia y naturaleza misma de los Diez Mandamientos; también representan lo que es la imagen de Dios.

La ley en el Antiguo Testamento constituye un testimonio y una descripción. Cuando el hombre fue creado, fue creado en conformidad con lo que Dios es en todos estos aspectos. Dios es luz; por tanto, el hombre que El creó, es también luz. A pesar de que nos hemos degradado y corrompido, todavía anhelamos la luz. Hasta un ladrón aspira a ciertas cosas que son honestas y rectas. Si robara un banco, él no querrá que otros se enteren de ello. Esto demuestra que la luz es un elemento que todavía forma parte de su naturaleza humana. En nuestra naturaleza humana también se halla presente el amor. Cuando éramos niños nadie nos enseñó a amar a nuestros hermanos y hermanas. Pero todos podemos amar, y todos aspiramos a amar. Este amor ha sido creado por Dios. Pero esto no es todo. Lo que Dios es, incluye además santidad y justicia. En el idioma chino se usan expresiones que significan “resplandor y rectitud”, así como “santidad y justicia supremas”, para describir la naturaleza humana. Todas éstas se manifiestan en el hombre que Dios creó en conformidad con lo que El es.

***LA HUMANIDAD DE QUIENES SIRVEN AL SEÑOR
ES SEMEJANTE A DIOS POR MEDIO DE LA DIVINIDAD***

Los confucionistas chinos dicen que “el camino del Aprendizaje supremo consiste en el desarrollo de la virtud luminosa”. Según ellos, tal virtud luminosa es la fuente de nuestra bondad. Esto se refiere a la función de nuestra conciencia. Wang Yang-Ming, un filósofo de la escuela “Li-shue” de la época de la dinastía Ming, amplió más la enseñanza acerca de “la virtud luminosa” al llamarla “la función de la conciencia”. Desarrollar y cultivar la función de la conciencia equivale a desarrollar la virtud luminosa. Si bien estas filosofías son buenas, lo son apenas en un sentido estrictamente humano, ya que ningún poder externo es añadido a ellas. Por ejemplo, uno puede empujar un tranvía con sus propias fuerzas; pero si aplicamos la

electricidad, el tranvía se movería de una manera distinta, pues sería impulsado por la electricidad.

Después de haber estudiado mucho, tenemos que concordar con lo que dijo Pablo: “Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Ro. 7:18b). Todos entendemos bien que una cosa es saber algo, y otra muy distinta llevarlo a cabo. En Juan 3 encontramos un relato acerca de un fariseo llamado Nicodemo, quien llamó Rabí al Señor Jesús y le dijo: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro” (v. 2). Probablemente Nicodemo pensaba que lo que él necesitaba eran mejores enseñanzas que le permitieran superarse. Pero el Señor le respondió: “El que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (v. 3). Era como si el Señor le estuviese diciendo a Nicodemo que el hombre, después de ser creado, sólo tenía la imagen de Dios, pero no la vida de Dios ni el poder para hacer el bien. Por tanto, Nicodemo necesitaba nacer de nuevo, esto es, necesitaba nacer de agua y del Espíritu para poder entrar en el reino de Dios (v. 5b). Sin embargo, como Nicodemo aún así no entendía, el Señor tuvo que decirle de nuevo: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en El cree, tenga vida eterna” (vs. 14-15). Cuando el Hijo del Hombre fue crucificado para llevar nuestros pecados a la cruz y quitarlos de en medio, nosotros fuimos regenerados y recibimos la vida eterna. El mismo Dios que entró en nuestro ser y se mezcló con nosotros, es el que produjo todas las virtudes humanas.

La verdadera humanidad de un cristiano no sólo incluye los atributos divinos que llenan su ser, sino también aquellos atributos que le fueron dados en la creación. Cuando el hombre fue creado, solamente poseía la imagen de los atributos divinos, pero no tenía el contenido ni la realidad de dichos atributos. Es por eso que debemos recibir al Dios de la creación en nuestro ser para que El llegue a ser nuestro contenido. Cuando El nos llena, podemos verdaderamente amarlo. En tal caso, lo vivimos a Él y no a nosotros mismos; este vivir resulta de la divinidad y se expresa por medio de nuestra humanidad. Esta es la humanidad que es propia de un cristiano.

Sin embargo, muchas veces ni nosotros ni otros creyentes expresamos la debida humanidad en nuestro vivir. Al contrario, a veces manifestamos una degradación muy honda, y esto me ha turbado. La respuesta que he encontrado se muestra en el ejemplo de un injerto. Después que una rama es injertada en un árbol, el árbol sigue produciendo los mismos frutos de antes; sólo los frutos producidos por la rama injertada son los frutos deseados. Si no hay divinidad en nuestra humanidad, lo único que expresaremos en nuestro vivir será nuestra vejez. Por tanto, es necesario entender que como cristianos no vivimos conforme a una sola clase de atributos; más bien, debemos vivir conforme a una vida “doble”, que consta de dos clases de atributos. Tanto los atributos divinos como los atributos humanos deben estar presentes. Sólo esto nos garantizará que poseamos la humanidad apropiada.

En el Nuevo Testamento, Pablo dijo: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá. 2:20). Es cierto que Cristo vive hoy, pero debemos estar conscientes de que El vive en nosotros. El vive y se expresa desde nuestro interior. Esto es lo que el Evangelio de Lucas nos revela. Los atributos divinos de Dios se expresan por medio de las virtudes humanas del hombre. La naturaleza divina se mezcla con la naturaleza humana. La naturaleza divina es la fuente y el contenido, y la naturaleza humana es la expresión y la forma. A esto nos referimos cuando hablamos de humanidad. También podemos llamarla moralidad o virtud. Nos referimos, pues, a cierto carácter que es propio de un cristiano y que todo siervo del Señor debería tener.

***LA HUMANIDAD DE QUIENES SIRVEN
AL SEÑOR ES HUMANA: POR MEDIO
DE LA NATURALEZA HUMANA APROPIADA***

Ser humano consiste en conducirse apropiadamente como un hombre; equivale a poseer la ética moral apropiada. La humanidad de quienes sirven al Señor debe: 1) proceder de Dios y 2) ser completamente humana, es decir, debe poseer un auténtico sabor humano. Si no posee sabor humano, en el mejor de los casos sería semejante a un ángel, y en el peor de los casos sería semejante a un demonio. Si queremos servir al Señor, no debemos ser ni como ángeles ni como demonios, sino que debemos ser humanos, es decir, debemos ser como hombres. Si salimos a predicar el evangelio en las aldeas y causamos en las personas la impresión de que somos como ángeles, me temo que nadie se atreverá a acercarse a nosotros. Por tanto, debemos ser humanos. Esto también forma parte de nuestra humanidad.

***PARA SERVIR AL SEÑOR ES NECESARIO
POSEER VIRTUDES EXCELENTE***

La moralidad más sublime es aquella en la que la divinidad se añade a nuestra humanidad; consiste en que los atributos divinos de Dios se expresen en las virtudes humanas con las cuales fue creado el hombre. Tal moralidad es también la virtud más excelente. Según nuestro entendimiento de la Biblia y conforme a nuestra propia experiencia, existen siete aspectos relacionados con estas virtudes excelentes:

Amor extraordinario

El primer aspecto de estas virtudes excelentes es el amor. Este amor es extraordinario, ya que podemos amar, incluso, a nuestros enemigos (Mt. 5:44).

Comprensión ilimitada

Ser comprensivos implica perdonar. Para perdonar se requiere que nuestro corazón sea amplio, sin límite alguno. Una persona con un corazón estrecho no puede perdonar. Por tanto, requerimos de una comprensión ilimitada. Debemos ser comprensivos al punto de poder perdonar a nuestros enemigos y a quienes nos odian.

Por experiencia hemos aprendido que es más fácil amar a nuestros enemigos que perdonarlos. En ocasiones, encontramos que podemos amar a otros pero no perdonarlos. Por ejemplo, es posible que yo lo ame a usted, pero quizás no sea capaz de olvidar que usted me ofendió. Debido a que lo amo, pese a que usted es mi enemigo, puedo regalarle una Biblia; sin embargo, me es muy difícil olvidar la ofensa que usted me causó. Así pues, no es fácil perdonar. Por esta razón, el Señor estableció en los Evangelios un buen ejemplo para nosotros. Aunque las personas le injuriaban incesantemente mientras estuvo en la tierra, lo último que El hizo antes de morir fue orar por el hombre, diciendo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34a). Esto es lo que significa comprensión ilimitada.

Fidelidad incomparable

Al relacionarnos con los demás debemos ser consistentes y fieles. No deberíamos traicionar a otros ni al Señor. Tiene que haber una fidelidad incomparable.

Humildad absoluta

Nuestra humildad debe ser absoluta. No solamente debemos ser humildes, sino también estar humillados. Ser humildes implica una actitud de bajeza, pero estar humillados implica que somos pequeños. Para servir al Señor requerimos de humildad absoluta.

Suma pureza

No solamente debemos estar limpios, sino que además debemos ser puros. Y debemos ser puros al máximo.

Santidad y justicia supremas

Con respecto a Dios, debemos ser santos a lo sumo, y con relación al hombre debemos ser justos a lo sumo. En cuanto a Dios, debemos estar completamente apartados para El; y con respecto al hombre, en todo debemos conducirnos apropiadamente, sin tacha alguna. En esto consiste la santidad y justicia supremas.

Resplandor y rectitud

El primer aspecto es el amor, y el último, la luz. El resplandor al que nos referimos aquí es muy distinto del que se habla en el mundo. Nosotros nos referimos a la luz, al hecho de que tenemos que andar en luz. Todo lo que hagamos debe ser hecho en la luz y no debe estar en tinieblas. Tenemos que ser completamente rectos y honestos, y no debemos ser estrechos en nuestra manera de pensar ni de ningún modo ser suspicaces.

Estos siete aspectos en su conjunto conforman la humanidad apropiada del siervo del Señor.

En conclusión, la humanidad del cristiano consiste en llevar una vida en la que se mezclan los atributos divinos y la moralidad humana con la que fuimos creados. Que el Señor nos guarde para que le sirvamos por el resto de nuestros días, sin mirar atrás ni desviarnos. Que todos expresemos en nuestro vivir la humanidad apropiada de uno que sirve al Señor. Que el Señor tenga misericordia de todos nosotros.

(Mensaje dado por el hermano Witness Lee en Taipéi, el 14 de marzo de 1989)

CAPITULO CUATRO
**LA HUMANIDAD DE QUIENES
SIRVEN AL SEÑOR**
(2)

Lectura bíblica: Fil. 3:9, 4:8, 9, 11-13

BOSQUEJO

- I. Ser como Dios: por medio de la divinidad.
- II. Ser como el hombre: por medio de la humanidad.
- III. Poseer las virtudes más elevadas:
 - A. Amor extraordinario.
 - B. Comprensión ilimitada.
 - C. Fidelidad incomparable.
 - D. Humildad absoluta.
 - E. Suma pureza.
 - F. Santidad y justicia supremas.
 - G. Resplandor y rectitud.

Oración: Señor Jesús, te amamos y apreciamos Tu palabra. Llévanos a profundizar en Tu palabra. Te pedimos que en ella podamos encontrarte, tocarte, disfrutarte y ganarte. Te pedimos que nuevamente estés con nosotros en la reunión de esta mañana. Oramos para que abras Tu ser a nosotros a fin de que cada día podamos recibir lo que Tú quieres que aprendamos. Queremos ser como Pablo, quien dijo que había aprendido el secreto. Oh Señor, acuérdate de nosotros y también de estos hermanos y hermanas jóvenes, para que ellos aprendan este secreto desde su juventud, el cual consiste en poder hacerlo todo en Aquel que nos reviste de poder. Pedimos que se exprese en nuestro vivir todo lo que se halla escrito en Filipenses 4. ¡Oh Señor, edifícanos! Moldea nuestro carácter y nuestra humanidad, de modo que éstos sean Tú mismo. Oramos que Tu sangre nos limpie y nos cubra nuevamente. ¡Amén!

UNA EXPLICACION DE LA EXPRESION "HUMANIDAD"

Quisiera que examinásemos nuevamente la humanidad de quienes sirven al Señor. La palabra china *ren-ke*, que hemos traducido como *humanidad*, es una palabra difícil de explicar. Las definiciones varían según el diccionario que se consulte; hay distintas definiciones para esta palabra. Hasta donde yo sé, incluso existe una definición jurídica de la palabra, en la que se alude a la posición y derechos de un ser humano. En términos jurídicos, perder nuestro *ren-ke*, o *nuestra humanidad*, significa perder la posición y derechos que nos pertenecen como seres humanos. Por supuesto, esto es un asunto muy serio.

De acuerdo con lo que he experimentado y observado, la humanidad de una persona alude a todo lo que ella es. Lo que la persona es intrínsecamente, finalmente toma una forma en la que se expresa delante de los hombres. No es fácil encontrar un equivalente en español para la palabra *ren-ke*. Tal vez la palabra que más se le acerca en significado sea la palabra *personalidad*. Sin embargo, *personalidad* sólo se refiere al carácter de una persona. Esto difiere un poco de lo que una persona es. *Humanidad* da énfasis a la expresión externa, mientras que “personalidad” recalca la naturaleza interna. Por lo general, lo que una persona es interiormente, se expresa exteriormente de cierta manera o forma. Por lo tanto, estos dos aspectos están muy ligados. Uno es interno, y el otro es externo. Con respecto a lo interno, hablamos de personalidad, y con respecto a lo externo, hablamos de humanidad.

LA HUMANIDAD DE QUIENES SIRVEN AL SEÑOR Y LA EXPERIENCIA DE SER HALLADOS EN CRISTO

Filipenses 3:9 dice: “Y ser hallado en El, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley”. La Versión Unión del idioma chino tradujo la primera parte de este versículo: “Y estar en El”. Sin embargo, hay una gran diferencia entre ser hallados en El y estar en El. “Estar en El” no tiene nada que ver con nuestra humanidad; sólo comunica el hecho y la esperanza de estar en El. La traducción correcta es: “ser hallado en El”. “Ser hallado en El” sí tiene que ver con nuestra humanidad.

Nuestra humanidad debe ser Cristo mismo. Cristo debe ser mi forma humana. Los demás deben ver cierta forma en mí, y esta forma es Cristo. Cristo debe ser mi humanidad.

En Filipenses 1 Pablo dijo: “Como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte” (v. 20b). A Pablo no le preocupaba vivir o morir. El siempre magnificaba a Cristo en su cuerpo. El hecho de magnificar implica una forma. Podríamos comparar esta forma con los cuadrados del cuaderno de caligrafía en los cuales escribíamos los caracteres chinos cuando éramos jóvenes. La maestra escribía en los primeros cuadrados de la página los caracteres que servían de modelo, y luego, los estudiantes debían copiar esos caracteres dentro de los otros cuadrados. Allí había una forma; los estudiantes no podían escribir como quisieran. Hoy en día, nosotros también tenemos un cuadrado alrededor nuestro, el cual es Cristo.

ESTAR EN CRISTO Y MAGNIFICAR A CRISTO

La humanidad a la que nos referimos no es la misma que enseñan los confucionistas chinos. Tanto ellos como nosotros hablamos de qué es la humanidad del hombre, pero a lo que nosotros nos referimos difiere de ellos en elemento y naturaleza. La naturaleza humana de los confucionistas a lo sumo es de bronce, pero la nuestra es de oro. Tomemos como ejemplo un reloj de bolsillo. Tal vez todos tengamos un reloj de bolsillo, pero su reloj es de bronce o acero y el mío es de oro. Sin duda, todos son

relojes, pero no todos son iguales. La diferencia radica en su naturaleza y elemento. Es importante que veamos esto.

Cuando hablamos de la humanidad de los cristianos no nos referimos a nuestras virtudes naturales, sino al Cristo que vive en nosotros y se expresa por medio de nosotros. Según Filipenses, somos personas que están en Cristo. Cuando fuimos salvos, fuimos trasladados de Adán a Cristo. Según la parábola del sembrador en Mateo 13, el Señor se sembró en nosotros. Sin embargo, en 1 Corintios 3 se presenta nuestra salvación como una siembra (v. 6); nosotros fuimos sembrados en Cristo. Por una parte, Cristo crece en nosotros, y nuestro corazón es el terreno donde Cristo puede crecer. Por otra, estamos en Cristo Jesús, pues Dios nos puso en El (1:30); Dios mismo nos trasladó de Adán a Cristo. Hoy estamos en Cristo; ésta es nuestra posición. Sin embargo, es necesario alcanzar una condición en la cual seamos hallados en Cristo. Aun más, Cristo debe ser magnificado en nuestro cuerpo, sea por vida o por muerte. Esta es la humanidad apropiada de los cristianos.

LA VIEJA CREACION HACE QUE NUESTRA HUMANIDAD SEA INAPROPIADA

En los últimos sesenta años, he visto suceder muchas cosas. En los primeros treinta años, presencié todo lo que le sucedió al hermano Nee, y en los treinta años siguientes, yo mismo lo experimenté. Ambos nos dimos cuenta de que, aunque algunos cristianos amaban al Señor y llegaron más tarde a ser colaboradores y ancianos, después de cierto tiempo cambiaron y su humanidad llegó a ser un problema. Era evidente la falta de amor, de perdón y de fidelidad; tampoco había humildad ni pureza. En lugar de ello, había mentiras. Esto es un hecho innegable. Hace más de veinte años un colaborador me escribió, en un tono muy positivo, una carta llena de palabras bondadosas. Pero después de tres días alguien me envió desde Manila la copia de una carta escrita por el mismo hermano, cuyo contenido era totalmente negativo. Que la sangre del Señor me cubra por decir esto. Esto ha dejado una profunda impresión en mí y me ha sido de gran ayuda.

En 1962 llegué a Estados Unidos y durante los primeros dos años los mensajes que di trataban de la transformación. La transformación es una especie de metabolismo. Cuando uno añade un elemento a otro, la sustancia de esta mezcla es transformada. Antes de ser salvos, sólo mejorábamos nuestra conducta. Pero al ser salvos fue añadido a nosotros el elemento químico celestial, que es el mismo Señor Jesús. A partir de ese momento, hubo otro elemento en nosotros, y gradualmente comenzamos a ser transformados.

Ahora estamos en Cristo, y estamos siendo transformados a fin de ser personas halladas en El. Esto corresponde a la experiencia de Pablo: en 2 Corintios 12 él dijo que era simplemente un hombre en Cristo (v. 2), mientras que en Filipenses 3 dijo que quería ser hallado en Cristo (v. 9). Cuando fuimos salvos, la gracia y la misericordia del Señor nos capacitó para que nos consagráramos completamente a Él y le amáramos de

una manera pura. En aquel entonces, ciertamente estábamos en Cristo, lo expresábamos en nuestro vivir y otros nos hallaban en El. Pero después de muchos años, fuimos perturbados por el deseo de obtener una posición, por intereses personales y por otros factores; y como resultado, dejamos de vivir en Cristo y dejamos de magnificarle.

Es necesario ver que es sólo cuando el Señor regrese y nuestros cuerpos sean redimidos que seremos totalmente liberados de la vieja creación. Pero hasta que eso suceda, parte de nuestro ser todavía estará en la vieja creación. Esa parte de nosotros que aún está en la vieja creación, es la que perjudica nuestra humanidad.

***LA RAMA SUPERIOR ES INJERTADA AL ARBOL POBRE,
Y ESTE PRODUCE DOS CLASES DE FRUTO***

Podemos comparar la relación que tenemos con el Señor a un injerto. La estrofa tres de *Himnos #200* dice:

El secreto de la siega,
Muerto el grano vida da;
Y el árbol injertado,
Rica vida obtendrá.

Como lo vemos en la Biblia, el injerto se efectúa al unir una rama de calidad superior a un árbol pobre: Cristo es la Rama superior, y nosotros somos el árbol pobre. El árbol pobre sólo crece hasta el punto donde ocurrió el injerto; luego, opera el elemento de la Rama superior; como resultado, todo lo que produce la Rama superior es bueno. Sin embargo, todo lo que producen las otras ramas del árbol sigue siendo de calidad inferior.

Podemos ilustrar esto en la vida matrimonial. Supongamos que el esposo se levanta de madrugada a tener comunión con el Señor, a orar y a leer la Biblia. Podríamos decir que él está produciendo buenos frutos. Pero, llega tarde a desayunar. Luego, nota que su esposa está molesta por ello y que la expresión de su rostro ha cambiado. Esta situación hace que el esposo pierda lo que ganó durante su avivamiento matutino, y que ahora él también comience a hablar con un semblante decaído. Cinco minutos antes se hallaba en los cielos, pero ahora ha caído a la tierra. Esta clase de experiencia nos ocurre muy a menudo.

Debemos darnos cuenta de que los dos árboles del huerto de Edén están ahora en nosotros. Uno es el árbol de la vida, y el otro es el árbol del conocimiento del bien y del mal. Mientras el esposo toca al Señor en la mañana y es avivado, él come del árbol de la vida. Pero a la hora del desayuno, cuando se enoja con su esposa, se revierte del árbol de la vida al árbol del conocimiento del bien y del mal. Supongamos que mientras el esposo almuerza en la oficina, se tranquiliza y reflexiona sobre lo sucedido. En ese momento comienza a lamentarse por la manera en que se dirigió a su esposa, y decide

no hacer lo mismo la próxima vez; determina ser paciente y no volver a enojarse más. Esto no describe ni el aspecto maligno del árbol del conocimiento del bien y del mal ni tampoco el árbol de la vida; el esposo sencillamente está tratando de mejorarse a sí mismo según el aspecto bueno del árbol del conocimiento del bien y del mal. Todo esto describe nuestra verdadera condición.

Por lo tanto, si deseamos tener una humanidad apropiada, debemos permitir que la Rama superior, que es Cristo, sea injertada en nosotros, el árbol pobre, a fin de que podamos crecer y producir buenos frutos por medio de la rama injertada.

EJEMPLOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

Demas ama este siglo y abandona a Pablo

En 2 Timoteo 4, Pablo menciona los nombres de dos hermanos. El nombre del primero es Demas. Pablo dijo: “Demas me ha abandonado, amando este siglo, y se ha ido a Tesalónica” (v. 10). Demas era un colaborador de Pablo. Pablo jamás escogería un colaborador a la ligera. Pero aunque Demas fue seleccionado para ser un colaborador, él cambió después. Creemos que este cambio se debió a las circunstancias de Pablo. Al principio, Demas también había amado al Señor y se había consagrado a Él. El había laborado con Pablo y era como el árbol pobre que producía buenos frutos. Pero después de ver cómo Pablo fue atacado, arrestado y enviado a Roma, y más tarde juzgado por el César y encarcelado por uno o dos años sin ninguna libertad, él no pudo soportar esta lastimosa situación y comenzó a amar el siglo presente. Ahora, él era un árbol pobre que volvía a producir frutos de baja calidad. El se dejó afectar por las circunstancias externas.

Alejandro le causa muchos males a Pablo

Además de Demas, se menciona otro nombre, Alejandro. Pablo escribió en 2 Timoteo 4: “Alejandro... me ha causado muchos males” (v. 14). El hecho de que él le hubiera causado muchos males a Pablo, comprueba que tenía cierto vínculo con Pablo. Si Alejandro nunca hubiera conocido a Pablo ni se hubiera relacionado con él, no podría haberle perseguido. Por ejemplo, si dos personas nunca llegaran a casarse, jamás tendrían oportunidad de divorciarse. El marido y su esposa tienen la posibilidad de divorciarse debido a que están casados. Por tanto, es posible que Alejandro haya sido salvo, es decir, que haya sido un hermano, y que aún así le hubiera causado muchos males al siervo del Señor. No sólo tenemos constancia de estas cosas en la Biblia, sino que yo mismo he visto suceder cosas semejantes entre los hermanos.

Hoy todos ustedes están siendo entrenados en el centro de entrenamiento de tiempo completo. Diariamente ustedes ejercitan su espíritu y llevan una vida celestial. Pero si un hermano o hermana llegara a ofenderlos y los acusara injustamente, ¿abandonarían ustedes el entrenamiento? Tenemos que darnos cuenta de que la naturaleza corrupta de la vieja creación aún permanece dentro de nosotros, y que aún no hemos sido

totalmente liberados de ella. Esto es semejante a una hermosa mariposa, la cual anteriormente era una oruga peluda. Esa mariposa hermosa jamás volverá a tener los desagradables movimientos de una oruga. Sin embargo, mientras siga siendo una oruga peluda, seguiremos viendo sus feos movimientos. Todos estos ejemplos nos advierten que la vieja creación aún sigue con nosotros. Por consiguiente, si no estamos en Cristo, estaremos en la vieja creación, y esto hará que tengamos problemas relacionados con nuestra humanidad.

***DIOS REGULA AL HOMBRE
POR MEDIO DE LA AUTORIDAD DELEGADA
Y LA CONCIENCIA***

Es importante darnos cuenta de que la vieja creación y la vida natural, las cuales están en nosotros, son capaces de cualquier cosa. Si no hubiera leyes en nuestro país, podríamos incluso llegar a robar bancos. Hoy Dios en Su soberanía establece las naciones y a los gobernantes de la tierra. Romanos 13 dice: “Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas” (v. 1). Las autoridades gobiernan a fin de que Dios preserve la situación mundial en orden. Si no hubiera tribunales, gobiernos o estaciones de policía en la tierra, no podríamos vivir ni trabajar sosegadamente.

Además de esto, Dios creó al hombre con una conciencia. La conciencia controla nuestro andar y nuestra conducta. Aun más, quienes hemos sido salvos, tenemos a Dios en nuestra conciencia. La conciencia constituye una parte de nuestro espíritu humano. Puesto que Dios vive en nuestro espíritu, El vive en nuestra conciencia. No obstante, Dios no nos rige por la fuerza, sino que en lugar de ello nos atrae con Su amor. Podemos observar esto en la pregunta que el Señor hizo a Pedro: “¿Me amas?”, a lo cual Pedro respondió: “Sí, Señor, Tú sabes que te amo”. Después, el Señor le dijo: “Pastorea a Mis ovejas” (Jn. 21:16). Esto muestra cómo El nos atrae con Su amor. Si no amamos al Señor, perdemos la restricción que nos impone esta clase de atracción y somos capaces de hacer cualquier cosa.

***NUESTRO AMOR POR EL SEÑOR
SALVAGUARDA NUESTRA HUMANIDAD***

Si un cristiano desea servir al Señor, debe poseer la humanidad de un siervo del Señor. No debemos esperar a ser regulados por el gobierno, por un tribunal de justicia o por un agente de policía. Tampoco debemos ser regidos solamente por nuestra conciencia. La debida humanidad se obtiene al amar a Dios. Fuimos plantados en El, y ahora estamos dispuestos a vivir en El y a que otros puedan hallarnos en El. Además, lo que expresamos en nuestro vivir es simplemente Cristo mismo. De este modo permitimos que Cristo sea siempre magnificado en nuestro cuerpo. Sin importar cuáles sean nuestras circunstancias —ya sean de pobreza, riqueza, sufrimiento, disfrute, paz, peligro o incluso de muerte—, siempre le magnificamos. Es así como El mismo llega a ser nuestra humanidad.

Sin embargo, es posible perder tal humanidad elevada. Es decir, podemos degenerarnos al punto en que nuestra humanidad ya no sea noble sino baja, de modo que abandonemos nuestra posición y derechos como hombres. Es posible que los cristianos lleguen a degradarse a tal grado. Esto fue lo que le sucedió a Alejandro; él no tenía la humanidad apropiada. Incluso fue capaz de causarle muchos males a un siervo que amaba y servía al Señor. Asimismo, Demas amó el siglo presente y abandonó a Pablo.

Hoy en día, debemos ser personas que están dispuestas a permanecer en Cristo y a ser hallados en Él. De este modo, podremos hacerlo todo en Aquel que nos reviste de poder (Fil. 4:13). Las seis virtudes mencionadas en Filipenses 4:8 —todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre—, son difíciles de alcanzar desde el punto de vista humano. Pero nosotros lo podemos todo en Aquel que nos reviste de poder. De este modo, podemos tener un vivir piadoso y una humanidad apropiada, lo cual es sencillamente Cristo quien se manifiesta en nuestros cuerpos y se expresa por medio de nuestro vivir.

Por consiguiente, no debemos pensar que por el hecho de ser cristianos nuestra humanidad está salvaguardada. Nuestra humanidad estará salvaguardada siempre y cuando amemos al Señor y nos consagremos a Él. Para ello, la nueva manera nos está ayudando a ser reavivados cada mañana y a vencer cada día. Un vivir así nos mantendrá en la condición apropiada. De otro modo, nos será imposible expresar en nuestro vivir una humanidad que sea normal y apropiada.

En febrero de este año visité las iglesias cerca de San Francisco. Un hermano de allí me preguntó si yo —alguien que lleva tantos años en el Señor y que labora en un campo tan vasto y lleva una carga tan pesada en la obra—, alguna vez había tenido problemas. Le contesté que ciertamente he tenido muchos problemas. Entonces este hermano me preguntó si yo sentía paz interiormente. Le respondí que aunque los problemas son numerosos, la paz es aún mayor. Esto se debe a que la obra no es mía, sino del Señor. Podemos decir lo mismo respecto a la predicación del evangelio. El hecho de que las personas sean salvas o no, depende del Señor. Nuestro deber es simplemente predicar el evangelio. Si otros lo aceptan, recibirán la gracia; pero si lo rechazan, no obtendrán la gracia. En cuanto a mí, esto no me perturba en lo absoluto. Esto es algo que todos necesitamos saber.

PERMANECER FIRMES EN CRISTO Y NO TEMER LAS OLAS

Es preciso ver que primero debemos equiparnos de tal humanidad; sólo entonces estaremos aptos para servir al Señor. Una vez que perdamos dicha humanidad, perderemos la posición y el derecho de servir al Señor. En segundo lugar, sé que ustedes todavía son jóvenes, y que les llevo una ventaja de por lo menos sesenta años. Yo conozco muy bien este camino, pero a ustedes todavía les falta un largo trecho por recorrer. A lo largo del camino se encuentran muchas dificultades. “Dios no nos ha

prometido que siempre tendremos un cielo azul, ni que siempre habrá flores a la vera del camino de nuestras vidas” (*Hymns* [Himnos], #720). Por eso ustedes deben, por la gracia, permanecer firmes en Cristo asiéndose de Él y tomando Su humanidad. Así que, cuando vean una tormenta, no den oído a los rumores ni se dejen afectar por aquellos que han cambiado. No traten de averiguar la causa. Cuando un hombre cambia, simplemente ha cambiado, y eso es todo. Tenemos que pedirle hoy al Señor Su misericordia para que nos guarde de cambiar y nos preserve hasta el fin.

Marcos 4 narra que el Señor estaba con Sus discípulos en la barca mientras pasaban al otro lado del mar. De repente se levantó una gran tempestad de viento, y las olas irrumpían en la barca de tal manera que la barca se estaba llenando. Los discípulos se encontraban muy atemorizados, pero Jesús dormía en la popa, recostado sobre el cabezal (vs. 37-38). La popa de una barca pequeña es la parte que se mece con más facilidad. Pero a pesar de que el movimiento era severo, el Señor podía dormir con tranquilidad.

Que la sangre del Señor me cubra, pero debo testificar que hoy tengo la misma sensación. Aunque hayan vendavales, puedo dormir en la popa. Espero que ustedes también experimenten lo mismo. Deben saber que aún en un viaje tan corto como fue cruzar el mar de Galilea, hubo frecuentes vendavales y se levantaron altas olas.

Pablo dijo en 2 Timoteo 1 que todos los que estaban en Asia le habían vuelto la espalda (v. 15). En el capítulo cuatro vemos que también Demas lo había abandonado (v. 10), y que Alejandro le había causado muchos males (v. 14). Tal parece que no había nadie que fuera uno con Pablo. Pero gracias al Señor, Timoteo todavía era uno con Pablo, y es por eso que en 2 Timoteo Pablo no mostraba señales de desánimo; más bien, entonaba una canción de victoria. El dijo: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Y desde ahora me está guardada la corona de justicia, con la cual me recompensará el Señor, Juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman Su manifestación” (4:7-8). Si amamos Su manifestación, seremos preservados en la esfera donde Cristo es nuestra humanidad. Así, cuando El regrese, ciertamente seremos recompensados.

(Mensaje dado por el hermano Witness Lee en Taipéi, el 16 de marzo de 1989)

CAPITULO CINCO
**EL PODER DE LA RESURRECCION
Y EL SER CONFORMADOS A LA CRUZ**

Lectura bíblica: Fil. 1:19; 2:12-16; 3:9-10; 4:8, 12-13

En este mensaje examinaremos específicamente el poder de la resurrección y el ser conformados a la cruz. Todos sabemos que Filipenses es un libro que trata concretamente de cómo experimentar a Cristo; como tal, es un libro de experiencia. Aunque las verdades contenidas en él tienen un carácter profundo, son presentadas a nosotros en el contexto de la experiencia. Este libro consta de cuatro capítulos, y en la lectura bíblica hemos incluido algunos versículos de cada uno de ellos. Dichos versículos representan la esencia misma del libro. Una vez que hemos profundizado en ellos, podemos afirmar que conocemos el libro de Filipenses.

***MAGNIFICAR A CRISTO
POR MEDIO DEL ESPIRITU TODO-INCLUSIVO***

Filipenses 1:19 dice: “Por... la abundante suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi salvación”. Aquí la palabra salvación no se refiere al hecho de ser librados del castigo de Dios o de la perdición futura, sino a lo dicho en los versículos 20 y 21. Debemos ser salvos al grado de que sea “magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte”. Así pues, la salvación revelada en Filipenses no consiste solamente en expresar a Cristo en nuestro vivir, sino también en magnificarlo en nuestro cuerpo.

Cristo, como hombre, pasó por las experiencias de encarnación y vivir humano, y finalmente fue crucificado. A los ojos humanos, todos estos procesos son muy insignificantes. Incluso hoy en día, aunque se predica el evangelio en todo el mundo, el sentir del hombre al respecto no ha cambiado. Cuando Pablo escribió el libro de Filipenses, él se hallaba encarcelado en Roma (Fil. 1:13) durante el reinado del César romano. Las personas de aquel entonces, especialmente los de la casa de César, no tenían un alto concepto de Jesús. Pero Pablo, quien sufría mucho y experimentaba muchas dificultades como prisionero, al punto de que podría ser ejecutado en cualquier momento, tuvo el valor de experimentar a Cristo y de magnificarlo delante de César y todos los que le rodeaban, o por vida o por muerte. Como resultado de que Pablo magnificó a Cristo, algunos miembros de la casa de César creyeron en Cristo y fueron salvos.

Si Pablo no hubiese magnificado a Cristo mientras era interrogado y acosado en la prisión, eso significaría que él no habría sido salvo en aquella circunstancia. No es nada fácil ser salvos en un entorno semejante al de una cárcel; esto es algo que nadie puede lograr por su propia cuenta. ¿Cómo podemos entonces ser salvos? Sólo mediante la abundante suministración del Espíritu de Jesucristo podemos magnificar a Cristo, o por vida o por muerte.

En la historia y en las biografías vemos que todos los mártires, antes de morir, reciben un poder especial de lo alto. Nunca olvidaré una historia que escuché hace cincuenta

años. Al norte de China, en donde está mi ciudad natal, un día conocí a un hermano que anteriormente había sido comerciante. El había abandonado su profesión para convertirse en un evangelista itinerante. Ese día le pregunté cómo había sido salvo y me contó lo siguiente.

A finales de la dinastía Ching, hubo en China lo que se llama la guerra de los bóxers. Ocho naciones formaron una expedición militar para pelear en Pekín. Durante los motines provocados, muchos cristianos fueron perseguidos e incluso murieron por creer en el Señor. En aquel entonces, el hombre del que les hablo era un aprendiz en un taller de Pekín. Cierta día, los bóxers desfilaban por las calles mientras llevaban a cristianos al campo de ejecución; los bóxers gritaban y blandían sus espadas. Era una escena aterradora. Todas las casas, incluyendo negocios, habían cerrado sus puertas. Movidado por su curiosidad, este hombre miró por la rendija de la puerta, y en medio de semejante desfile vio a una joven cristiana de unos veinte años de edad, quien iba camino a su ejecución. Aunque los bóxers que la rodeaban tenían un aspecto feroz, aquella hermana cantaba y alababa con regocijo en la carreta que la transportaba al campo de ejecución. Esto no solamente produjo asombro en aquel hombre, sino que lo conmovió profundamente. El determinó hacer un estudio minucioso acerca de la religión cristiana tan pronto como terminara la rebelión, a fin de descubrir de dónde derivaba las fuerzas aquella joven. Poco después de iniciar su investigación, creyó en el Señor y decidió dejar el negocio para convertirse en evangelista. Este fue el resultado de que aquella joven magnificara a Cristo el día de su ejecución.

En la provincia de Jiangxi, muchos cristianos también murieron durante los tumultos comunistas. Un misionero occidental fue capturado y, antes de morir, pronunció una frase célebre: “El rostro de todo mártir resplandece como el rostro de un ángel”. Esto nos muestra que el Cristo que se experimenta en Filipenses, nos capacita al punto de que podamos morir como mártires. Sabemos que no hay sufrimiento más severo que ser martirizado; no hay nada más difícil que esto. Por esta razón, Pablo dijo que mediante la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo él podía magnificar a Cristo, o por vida o por muerte.

SOMETERNOS A DIOS Y TOMAR EL CAMINO ESTRECHO DE LA CRUZ

En Filipenses 2 Pablo hace alusión, varias veces, a la sumisión. Ser sumisos es ponernos de acuerdo con lo que Dios dice. En el coro de *Himnos* #199, el hermano A. B. Simpson escribió: “Al calvario yo iré”. Esto es lo que el Señor ha dispuesto y ordenado para nosotros. Ya que el Señor murió en la cruz, nosotros también debemos tomar el camino estrecho de la cruz. Por un lado, la vida cristiana consiste en vivir cada día; y por otro, consiste en morir cada día. La vida matrimonial del esposo y la esposa, es una vida de “mártir”. A diario la esposa mata al esposo, y el esposo también mata a la esposa. Si durante toda su vida nadie lo ha matado y se siente orgulloso de ello, usted es un cristiano derrotado. Como cristiano, usted debe ser “martirizado”, no sólo

ante el César romano, sino también ante su cónyuge. En otras palabras, permita que su cónyuge lo mate y acabe con usted.

Hoy ustedes viven en el centro de entrenamiento, y cada dormitorio es un matadero. Según el Antiguo Testamento, sabemos que al ofrecer un holocausto el primer paso era matar el animal; luego, había que desollarlo y cortarlo en pedazos; y finalmente, había que ponerlo sobre el altar para que fuera quemado hasta convertirse en cenizas. Sólo entonces sería aceptado el sacrificio y se consideraría consumada la ofrenda. Todo lo que quedaba del holocausto era un montón de cenizas. Si hoy entro a sus dormitorios y no veo cenizas, esto muestra que ustedes no han sido aún “martirizados”, que no han sido “inmolados” y que no han sido consumidos hasta convertirse en cenizas. Aún no han tomado el camino estrecho de la cruz.

En Filipenses 2:17 Pablo dijo: “Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros”. A la fe de los filipenses, Pablo le añadió la libación; y esto con el fin de animarlos al mostrarles que, aunque ellos pasaban por dificultades y padecimientos a causa de haber creído en el Señor, los sufrimientos de Pablo en la cárcel eran mayores que los de ellos. Era como si ellos fuesen el holocausto, y él la libación que se añadía a éste. Esto es lo que significa ser martirizado. De hecho, antes de que Pablo fuera martirizado físicamente, él ya había experimentado el martirio. En su sentir, él era inmolado cada día, era martirizado diariamente.

No obstante, debemos ver que este tipo de martirio es una salvación. Si ustedes en sus casas siempre ganan y nunca son inmolados, todos son un fracaso. Pero si continuamente son inmolados, aunque aparentemente están siendo aniquilados y derrotados, la realidad es que ustedes están siendo salvos.

En la actualidad, la tasa de divorcios en Estados Unidos es bastante alta. Muchas personas se vuelven a casar, algunas hasta dos o tres veces, y otras incluso hasta más veces. Tenemos que darnos cuenta de que los cónyuges se separan porque ninguno de los dos quiere sacrificarse. La palabra sacrificio en chino es muy significativa. Se deriva de la palabra toro, lo cual indica que es un toro o un macho cabrío lo que se usa como sacrificio. Cuando se le da muerte al animal, el resultado es un sacrificio. Esto describe el camino de la cruz.

OBEDIENTES HASTA LA MUERTE PARA LLEVAR A CABO NUESTRA SALVACION

Hoy nuestra vida matrimonial, nuestra vida familiar y nuestra vida de iglesia son un “matadero”. No sólo debemos ser salvos mediante la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo, sino que también debemos obedecer a Dios y aprender a llevar a cabo nuestra salvación con temor y temblor. Pablo dijo en Filipenses 2: “Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, llevad a cabo vuestra salvación con temor y

temblor” (v. 12). La palabra “salvación” de este versículo es la misma que se emplea en el capítulo uno. En cuanto a la frase “llevad a cabo”, en el idioma original tiene el sentido de expresar en el vivir. En otras palabras, Pablo tenía la esperanza de que los filipenses expresaran la salvación en su vivir diario.

Hoy debemos ver que nuestro vivir equivale a nuestra obra. Al expresar la salvación en nuestra vida diaria, estamos llevando a cabo nuestra salvación. Una vez que el Señor Jesús entra en nosotros, El mismo es nuestra salvación; pero El aún no ha sido expresado en nuestro vivir como nuestra salvación externa. Por ejemplo, suponga que mientras usted come en el centro de entrenamiento, una hermana de la misma mesa le dice algo que la hiere mucho. Tal vez usted trate de no dar explicaciones y se esfuerce por ser paciente mientras termina de comer. Pero después de la comida, usted se va a un lugar donde nadie puede verla y comienza a llorar para desahogarse. Después de llorar, quizás usted actúe como si nada hubiera ocurrido. Esto muestra que usted no expresó la salvación en su vivir; en lugar de ello, usted manifestó su “hipocresía”.

Por consiguiente, expresar la salvación en nuestro vivir, es decir, llevar a cabo nuestra salvación, es una obra espiritual muy importante. A. B. Simpson dice en su himno: “conformado a Su muerte” (*Himnos* #199). Este es el requisito necesario para llevar a cabo nuestra salvación. Para llevar a cabo nuestra salvación, tenemos que ser obedientes hasta la muerte y permanecer en la muerte. Debemos obedecer en todo lo que el Señor nos ha asignado. Esto es morir. Si no morimos, no estamos siendo obedientes. Cuando se presente una situación difícil, debemos decir: “¡Alabado sea el Señor!”. Tenemos que darnos cuenta de que esto ha sido preparado por el Señor para nosotros. Debemos llevar a cabo nuestra salvación por medio de la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo.

En 2:13 Pablo añade: “Porque Dios es el que en vosotros realiza así el querer como el hacer, por Su beneplácito”. El Dios que se menciona aquí es el mismo Espíritu de Jesucristo mencionado en el capítulo uno. El es también el Espíritu que nos brinda la abundante ministración y opera en nosotros para que podamos cumplir Su beneplácito, lo cual consiste en que expresemos la salvación en nuestra vida diaria. No somos salvos por medio de nuestras obras, sino por el Espíritu que opera dentro de nosotros. Por medio de la abundante ministración de nuestro Dios, podemos obedecer lo que El nos asigna.

Lo que Dios ha dispuesto para nosotros hoy y la porción que El nos ha asignado en todas las circunstancias, es la muerte. Esto es especialmente cierto en nuestra vida matrimonial, y también en el cuidado y la crianza de nuestros hijos. Cuanto más muere nuestro yo, más vencemos, más espirituales somos y más capaces somos de llevar a cabo nuestra salvación.

HACER TODO SIN MURMURACIONES Y ARGUMENTOS, ENARBOLANDO LA PALABRA DE VIDA

En Filipenses 2:14 Pablo dijo: “Haced todo sin murmuraciones y argumentos”. Aunque las murmuraciones y los argumentos son dos cosas insignificantes, ciertamente son dos problemas muy reales. Es difícil encontrar una pareja que no murmuren ni argumenten entre sí. Además, hemos visto que las murmuraciones están relacionadas con la parte emotiva y que provienen principalmente de las hermanas; los argumentos tienen que ver con la mente y provienen principalmente de los hermanos. Los problemas que surgen en la vida familiar a menudo los provocan las hermanas con lo que dicen. Tan pronto abren la boca para decir algo, brotan murmuraciones. Luego, cuando los hermanos responden, lo hacen con argumentos. Quizás la vida que ustedes llevan en el centro de entrenamiento no sea muy diferente. Pero siempre que murmuremos y argumentemos, no estaremos llevando a cabo nuestra salvación.

Por eso, Pablo dijo en los versículos 15 y 16: “[Vosotros] resplandecéis como luminares en el mundo; enarblando la palabra de vida”. Quienes hemos sido salvos, somos luminares; estamos capacitados para reflejar la vida divina de Cristo y enarbolar y mostrar a otros la palabra de vida. Enarbolar la palabra de la vida de Dios también forma parte de nuestra salvación.

Filipenses 1 nos dice que ser salvos es magnificar a Cristo. Según el capítulo dos, ser salvos es expresar la salvación en nuestro vivir y enarbolar la palabra de vida. Según el capítulo tres, ser salvos es ser hallados en Cristo (v. 9). Si murmuramos o argumentamos, los demás no nos hallaran en Cristo. Tenemos que darnos cuenta de que el camino que Dios ha establecido para los cristianos es el camino de la salvación, que es también el camino de expresar y magnificar a Cristo. Y la clave para participar en todas estas experiencias, es la muerte de nuestro yo. Cuando esto suceda, otros podrán ver que somos personas en Cristo. La justicia en nosotros no será el producto de haber guardado la ley; más bien, será la justicia procedente de Dios basada en la fe (v. 9). Esto es ser salvos; esto es también magnificar a Cristo y expresar la salvación en nuestro vivir.

EL PODER DE LA RESURRECCION Y EL SER CONFORMADOS A LA CRUZ

En Filipenses 3:10 Pablo añade: “A fin de conocerle, y el poder de Su resurrección, y la comunión en Sus padecimientos, configurándome a Su muerte”. En este pasaje vemos algo más en cuanto al secreto para experimentar a Cristo. Uno de los secretos es el poder de la resurrección, y otro, el ser configurados a Su muerte, que equivale a ser conformados a Su cruz. En la primera estrofa de *Himnos #297* dice: “Si resurrección anhelo, tengo que la cruz amar”. El poder de la resurrección es nuestras riquezas. Si usted fuera un hombre rico, gastaría su dinero con alegría. Ser conformados a la cruz es la manera en que gastamos nuestras riquezas. Este pasaje nos describe la experiencia de Pablo. Nos muestra que si no conocemos el poder de la resurrección ni

vivimos en resurrección, no hay manera de que podamos morir por nuestra propia cuenta. Es el poder de la resurrección lo que nos sostiene hasta experimentar la muerte y lo que nos conduce por el camino de la cruz.

Hoy, el Espíritu Santo es la realidad de la resurrección de Cristo. Cuando vivimos en el Espíritu, vivimos en la realidad de la resurrección. La última estrofa de *Himnos #297* dice: “Si me clava Dios con Cristo, por Su Espíritu a la cruz”. El Espíritu es quien nos clava. Así que, no pensemos que son nuestros colegas o nuestro cónyuge los que nos causan problemas. Más bien, es el Espíritu Santo en nosotros quien nos lleva a experimentar la muerte del Señor, a fin de que podamos ser conformados a Su muerte. Por tanto, ser conformados a la cruz es algo que se experimenta mediante el poder de la resurrección.

Es por eso que debemos aprender a ejercitar nuestro espíritu, a experimentar al Espíritu y a aceptar la cruz, la cual nos mata. Si no aceptamos la cruz, sino que sólo ejercitamos nuestro espíritu, dicha experiencia del espíritu no será confiable. El verdadero ejercicio del espíritu ciertamente nos llevará a morir y ser crucificados. La cruz y el Espíritu Santo operan juntos; el uno le sigue al otro. Por una parte, debemos aceptar la cruz a fin de que el Espíritu Santo pueda llenarnos; por otra, debemos estar llenos del poder del Espíritu Santo a fin de que podamos aceptar la cruz. Los dos se complementan el uno al otro. A la luz de Filipenses 3:10 vemos que el poder de la resurrección es el Espíritu, y que ser conformados a la cruz significa morir. Este es el secreto para que experimentemos a Cristo.

***EXPRESAR EN NUESTRO VIVIR
UNA HUMANIDAD ELEVADA,
EN AQUEL QUE NOS REVISTE DE PODER***

Al final de la epístola de Filipenses, Pablo estaba lleno de sabiduría y mencionó seis virtudes: “Todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre” (4:8). Estas seis virtudes describen la humanidad apropiada de un cristiano; no obstante, solamente podemos obtener estas virtudes por medio de la cruz. Por esta razón, Pablo añadió: “En todas las cosas y en todo he aprendido el secreto... Todo lo puedo en Aquel que me reviste de poder” (vs. 12-13). El secreto aquí consiste en experimentar la muerte y la resurrección. Somos conformados a la cruz por medio del poder de la resurrección. Nosotros expresamos la salvación en nuestro vivir mediante el Dios que opera en nosotros, y también expresamos en nuestro vivir la semejanza de Su muerte, es decir, magnificamos a Cristo mediante la abundante ministración del Espíritu.

Es necesario que veamos que experimentar a Cristo de esta manera es totalmente diferente de cultivar [la virtud luminosa], según lo enseña el confucianismo chino. No importa cuánto los confucionistas logren mejorar su conducta, ellos no tienen en su interior el poder de la resurrección, el cual es el Espíritu juntamente con Su abundante ministración. Los confucionistas solamente pueden desarrollar su conciencia, la cual

poseen por naturaleza; sin embargo, esto es bastante limitado. Nosotros, por nuestra parte, obedecemos al Dios que opera en nuestro interior. Nuestra conciencia y sentir interno es el Espíritu mismo juntamente con Su abundante ministración. Al experimentar día tras día al Espíritu, expresamos una humanidad elevada en nuestro vivir.

Pablo, en una epístola tan breve como Filipenses, empleó las más excelentes y sublimes expresiones, a saber: la abundante ministración del Espíritu, el Dios que en nosotros opera, el poder de la resurrección y el Cristo que nos reviste de poder. Estas expresiones fueron usadas para mostrarles a los filipenses cómo experimentar a Cristo. Un siervo del Señor debe conocer bien estas verdades. Al mismo tiempo, necesitamos ver que ésta es la humanidad que nosotros, quienes servimos al Señor, debemos tener. Nuestra humanidad es la expresión de la obra que el Dios Triuno realiza en nosotros. En cuanto al Espíritu, El es la abundante ministración; en cuanto al Padre, El es el Dios que opera en nosotros; en cuanto al Hijo, El es el que nos reviste de poder. Al final, el Dios Triuno llega a ser nuestro poder interior en resurrección, y por medio de este poder, somos conformados a Su muerte.

El Dios que opera, el Espíritu que abastece abundantemente y el Cristo que reviste de poder, obran continuamente en mí. Al final, el Dios Triuno llega a ser en mí la resurrección misma, y como tal, me suministra diariamente el poder de la resurrección. Si vivo por este poder, indudablemente desearé ser conformado a la cruz. Finalmente, expresaré la salvación en mi vivir y Cristo será magnificado en mí. Tendré la humanidad más elevada y se hallará en mí todo lo que es verdadero, honorable, justo, puro, amable y de buen nombre.

Aunque el libro de Filipenses es breve, espero que tengan comunión detallada acerca de él. No sólo deben aprender estas verdades, sino que necesitan recibir la luz que en ellas se revela, de manera que aún desde su juventud ustedes puedan ir desarrollando una humanidad apropiada e incluso lleguen a tener la humanidad más elevada.

(Mensaje dado por el hermano Witness Lee en Taipéi, el 21 de marzo de 1989)